

CRISTIANDAD

Año XXXI - NUMERO 524

BARCELONA

OCTUBRE 1974

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

FATIMA EN EL AÑO SANTO
José Manuel Zubicoa

APARICIONES (en Fátima)

CARTA DE LA VIDENTE LUCÍA
A MONSEÑOR RUDOLF GRABER,
OBISPO DE GURZA

FATIMA EN LA CONTROVERSIA
Rudolf Graber

FATIMA Y EL SANTO ROSARIO
Juan C. Osandon Valdés

SANTO DOMINGO Y EL ROSARIO
Lacordaire

LA AUSENCIA DE LA INFANCIA
ESPIRITUAL
Roberto Cayuela, S. I.

¿ESPAÑA, ES DE VERDAD
CATÓLICA?
Fr. Antonio de Luge, S. O. H.

APARICIONES DEL SAGRADO
CORAZÓN
Ramón Gelpi Sabater

AL MEDIO SIGLO.
EN LA TEOLOGÍA
DE LA HISTORIA.
1919 LA SOCIEDAD DE NACIONES.
XLVII
Luis Creus Vidal

POEMET THOMASSIA
Bartolomé Guasp, Pr.

ADMINISTRACIÓN: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

FATIMA EN EL AÑO SANTO

Dedicamos este número de nuestra Revista a reiterar la difusión del mensaje de Fátima. A ello hemos dedicado en otras ocasiones nuestras páginas y lo seguiremos haciendo a partir de ahora con una insistencia todavía mayor. Nos hemos obligado, al adoptar nuestro lema, a difundir la devoción al Corazón Inmaculado de María, que es cristocéntrica: redonda en la aspiración de la Iglesia a que venga el reinado del Corazón de Jesús.

Esta devoción al Corazón inmaculado de María es urgente que se establezca. La Virgen de Fátima vino en nuestro siglo a pedirla personalmente. Por eso conviene recordar esto ahora, en este año Santo, de reconciliación con Dios y con el prójimo. A recordar esta urgencia, invita también ahora el aldabonazo de los sucesores de Portugal.

La Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, ha venido en nuestro siglo a Fátima, a recordar el llamamiento evangélico a la oración y a la penitencia. La Iglesia ha reconocido la realidad sobrenatural de estas apariciones y revelaciones, reiteradamente, y por medio de quien en la Iglesia tiene poder para hacerlo, el Papa y la Jerarquía en comunión con él. Todo el pueblo de Dios en su conjunto, los fieles y sus legítimos Pastores, las han recibido también con veneración y amor (los pseudoteólogos autosuficientes y demás eclesiásticos descarriados no cuentan).

Este mensaje evangélico recordado por nuestra Madre celestial en Fátima, nos ha sido explicado por Ella misma más tarde mediante las revelaciones que hizo a la vidente Lucía en Pontevedra: se trata concretamente (pues la oración y penitencia evangélicas se han de realizar en prácticas concretas) de que Dios quiere que se establezca en la Iglesia la devoción reparadora al Corazón Inmaculado de María para reparar las ofensas que le infligimos los hombres: la penitencia ha de tener un sentido reparador y ha de consistir en el cumplimiento exacto del deber de cada uno, aceptando los sufrimientos y trabajos que cueste, consagrándolos, ofreciéndolos junto con las alegrías de la vida al Corazón Inmaculado de María para que por su medio queden unidos al Corazón de Jesús y, santificados por su espíritu sean aceptados por Dios Padre como parte de la obra de la redención, según la doctrina de San Pablo. Lo más importante, según nos

ha transmitido Lucía es la penitencia reparadora, la consagración de nuestra vida. Según el mensaje de Fátima Dios nos pide concretamente hoy estas prácticas de piedad:

- a) La práctica de los cinco primeros sábados (Sacramentos, meditación).
- b) El rezo diario del Rosario.
- c) Llevar el escapulario del Carmen como señal de consagración a María.

Además de estas peticiones a cada persona hoy otra a la Iglesia colectivamente, representada por sus Pastores:

La consagración al Corazón Inmaculado de María del mundo y especialmente de Rusia *hecha por el Papa y los Obispos en un acto conjunto*.

Esto no se ha realizado aún, según ha demostrado en el Congreso de Fátima de 1971 el Padre Alonso C.M.F., el mejor historiador de las apariciones.

A la implantación de esta devoción al Corazón Inmaculado de María así concretada Dios ha vinculado la paz del mundo y la conversión de Rusia. Por tanto, esas voces que claman: "¡Paz, paz, paz!", para conseguirla, mejor harían en practicar y extender la devoción al Corazón Inmaculado de María; se ha dicho, con toda razón, que es un crimen de lesa humanidad no hacer oración y penitencia como Dios quiere.

En cuanto a la conversión de Rusia y al cese de la expansión por el mundo, oriental y occidental, de sus errores materialistas, anticristianos, y, por tanto, inhumanos ha sido condicionada por Dios según estas revelaciones, a la consagración de Rusia *tal como ha sido pedida* y a la devoción reparadora de los cinco primeros sábados.

Ya en 1917, la Virgen dijo: "Si mis ruegos son atendidos, Rusia se convertirá y habrá paz, si no Rusia extenderá sus errores por todo el mundo provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados. El Santo Padre sufrirá mucho. Varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia que se convertirá y se dará al mundo un cierto período de paz."

Los recientes sucesos políticos de Portugal y el peligro inminente de dominación marxista que entrañan, en la propia tierra de las apariciones y mensajes de la Virgen ¿no van a servir de aviso para hacer nosotros lo que Dios quiere y nos ha pedido por medio de María Madre de la Iglesia? Confiamos en que Dios mantendrá la fe en su misericordia y la esperanza en que Cristo triunfe, y, aplastada por María la cabeza de la serpiente, establezca el Reinado de su Sagrado Corazón que será por lo mismo el triunfo del Corazón Inmaculado de María anunciado en Fátima.

JOSÉ MANUEL ZUBICOA BAYON



LAS APARICIONES DE FATIMA

1.ª aparición. — La primera aparición se realiza durante la primavera del año 1916, en el lugar rocoso del monte llamado “El Cabezo”, cerca del pueblito de nacimiento de los pastorcitos, Aljustrel.

Estaban rezando el rosario, cuando, en dirección del Oriente, vieron —como dice Lucía— “una luz más blanca que la nieve en forma de joven; transparente, pero más brillante que un cristal, atravesado por los rayos del sol”. Al llegar junto a ellos les dice:

—*No temáis: soy el Ángel de la paz; orad conmigo.*

Y, arrodillándose, y postrándose en tierra, hace repetir a los niños tres veces:

—*Dios mío: yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.*

Después de repetir eso por tres veces, el Ángel se levantó y dijo:

—*Orad así; los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.*

Envueltos en esta atmósfera intensa de sobrenatural, dice Lucía, continuamos repitiendo incansablemente la misma oración.

2.ª aparición. — La segunda aparición tuvo lugar durante el verano, cuando los niños estaban jugando

junto al pozo de la casa de Lucía. Fue el mismo Ángel quien les apareció diciendo:

—*¿Qué hacéis? Orad. ¡Orad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios.*

Los niños un poco extrañados de la palabra “sacrificios”, preguntan:

—*¿Y cómo hemos de sacrificarnos?*

—*De todo lo que pudiereis ofrecer un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra Patria la paz. Yo soy el Ángel de su guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os enviare.*

Desde este momento, los pastorcitos comenzaron a ofrecer al Señor todo lo que les mortificaba.

3.ª aparición. — La tercera aparición del Ángel sucedió en el otoño del mismo año, 1916, y en el mismo lugar que la primera, en el monte “El Cabezo”.

Los niños, dejando su pequeño rebaño a pacer, comenzaron a rezar las oraciones del Ángel, con el rostro a tierra, cuando advierten que sobre ellos brillaba una luz desconocida. Levántanse y ven al Ángel, que tenía en la mano izquierda un Cáliz, sobre el cual

estaba suspendida una Hostia, y de ésta caían dentro del Cáliz algunas gotas de sangre.

Arrodillase el Ángel junto a ellos y les hace repetir por tres veces la siguiente oración:

Santísima Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María os pido la conversión de los pobres pecadores.

En seguida, levántase el Ángel, toma de nuevo el Cáliz y la Hostia que habían quedado suspensos

en el aire y da la Hostia a Lucía, y lo que contenía el cáliz lo da a Francisco y a Jacinta, diciendo al mismo tiempo:

Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.

Con esta gracia mística extraordinaria, el Ángel de Fátima dejaba en los niños el sentimiento más profundo de la majestad de Dios ofendida, un sentido de reparación, y un deseo vehemente de sacrificio por los pecadores. "Llevados —comenta Lucía— por la fuerza de lo sobrenatural que nos envolvía imitábamos al Ángel en todo, y, postrándonos como él, repetíamos las oraciones que nos había enseñado.

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN

1.^a aparición: 13 de mayo de 1917, a mediodía

Los niños eran tres: Lucía que acababa de cumplir los diez años, y sus primos, Francisco, que en junio próximo haría los nueve, y Jacinta, quien en marzo pasado había hecho los siete.

Ese día 13 de mayo era domingo. Habían oído misa temprana y habían sacado las ovejas a pastar en un lugar, a dos kilómetros de su pueblecito, llamado "Cova de Iria". Habían ya tomado su frugal refección, habían rezado el rosario, y estaban jugando, cuando inesperadamente —puesto que el cielo estaba azul y claro— les parece ver un relámpago. Temiendo una tormenta cercana, reúnen de prisa el ganado para conducirlo a casa; cuando se produce otro resplandor... y allí a unos pasos de ellos, sobre un pequeño carrasco de encina, aparece la figura de: *Una señora vestida toda de blanco, más brillante que el sol, derramando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente*" (Lucía).

Los niños no salen de su embeleso; y es la Virgen quien tiene que romper aquel silencio:

—No tengáis miedo, que no os hago mal.

—¿De dónde es usted?

—Yo soy del cielo.

—¿Y qué es lo que usted me quiere?

—Vengo aquí para deciros que vengáis todos los meses, hasta seis, y al fin os digo quien soy y lo que quiero.

—¿Sabe usted decirme si la guerra dura todavía mucho tiempo, o si acaba en seguida?

—No te lo puedo decir todavía hasta que no te diga también lo que quiero.

—¿Sabe decirme si yo voy al cielo?

—Sí, vas.

—¿Y mi prima?

—Sí, va.

—¿Y mi primo?

—También va; pero él tiene que rezar todavía muchos rosarios.

Lucía hace todavía algunas otras preguntas, hasta que la Virgen interviene para interrogar:

—¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sacrificios que Él os quiere enviar, como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Tendréis, pues, mucho que sufrir; pero la gracia de Dios será vuestro consuelo.

Al decir estas últimas palabras, la Virgen abre las manos, en un gesto acogedor de Madre nuestra ofrece su Corazón; de toda Ella salía hacia los niños un misterioso reflejo, que les penetraba el alma y los hacía verse, envueltos en Dios, "más claramente que nos veíamos en el mejor de los espejos", dice Lucía.

Pasados unos momentos de inefable contemplación del misterio trinitario, la Virgen les despidió diciendo:

—Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.

Y desapareció.

2.^a aparición: 13 de junio de 1917

Los niños, acompañados ya por unas 50 personas, estaban rezando el rosario, cuando de nuevo se pro-

duce el misterioso resplandor. Allí estaba la Virgen, toda blanca de luz, sobre el carrasco.

Es Lucía ahora quien inicia el diálogo, que inmediatamente se torna familiar:

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Quiero decirte que vuelvas aquí en el día 13, que aprendas a leer; y después diré lo que quiero.

—Quería pedirle que nos llevara al cielo.

—Sí; a Jacinta y a Francisco los llevo pronto; pero tú te quedas aquí por algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A quien la abrazare, prometo la salvación; y estas almas serán queridas por Dios como flores puestas por mí para adornar su trono.

—¿Quedo aquí solita? —preguntó con pena.

—No, hija. ¿Sufres mucho? No te desanimes; Yo nunca te dejaré; mi Corazón Inmaculado será siempre tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.

De nuevo la Virgen abre sus manos, y abriendo su pecho muestra su Corazón cercado de espinas que parecía que le estaban clavadas. Al mismo tiempo el misterioso reflejo los envuelve de tal manera que Francisco y Jacinta se vieron ya dirigidos hasta el cielo, mientras Lucía permanecía en la tierra. Y comprendieron dos cosas: que esa luz intensa que les envolvía, era el mismo Dios; y que el Corazón Inmaculado de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, quería reparación.

3.^a aparición: día 13 de julio de 1917

Ahora ya la multitud que acompaña a los niños llega a las tres mil personas. Rezan el rosario, que dirige Lucía, y, de pronto, el acostumbrado resplandor. Comienza el diálogo, del que los más próximos sólo podían percibir las palabras de Lucía:

—Y hoy ¿qué es lo que usted me quiere?

—Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene. Rezad el Rosario a Nuestra Señora del Rosario para la paz del mundo y el fin de la guerra; ya que solamente Ella les podrá obtener.

Lucía se entretiene entonces en exponer a la Virgen diversas peticiones que se le habían encomendado, sobre todo, curaciones de enfermos. La Virgen promete curar. Entonces salta Lucía con una petición que la tenía clavada en el alma, dadas las obstinadas dificultades de la gente, sobre todo de su familia, en no creer en las apariciones.

—¡Haga un milagro para que todos crean!

—En octubre diré quien soy y lo que quiero y haré un milagro para que todos crean. Sacrificaos por los

pecadores y decid muchas veces, especialmente siempre que hicieris algún sacrificio: “Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”.

Al decir estas últimas palabras, la Virgen abre otra vez las manos; y el reflejo misterioso parece penetrar la tierra... y los niños espantados contemplan el infierno, cuya descripción imaginada hace Lucía:

Descripción del infierno

“... vimos como un mar de fuego; y, sumergidos en ese fuego, a los demonios y a las almas como si fueran brasas transparentes y negras o bronceadas en figura humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían juntamente con nubes de humo cayendo por todas partes —semejantes al caer de las pavesas en grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios distinguíanse por formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasas”.

Las tres partes del “SECRETO” de Fátima

Asustados —continúa Lucía—, y como que a pedir socorro, levantamos la vista hacia Nuestra Señora quien nos dijo con bondad y tristeza:

—Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si hicieren lo que yo os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz, la guerra va a terminar; pero si no dejaren de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viereis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo a causa de sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirla vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado, y la comunión reparadora en los primeros sábados. Si atendieran a mis peticiones, Rusia se convertirá y tendrán paz; si no propagará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia; los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas: por fin mi Corazón Inmaculado triunfará. El Santo Padre me

consagrará Rusia la cual se convertirá y será concedido al mundo algún tiempo de paz.

En Portugal se conservará siempre la doctrina de la fe...

Esto no lo digáis a nadie. A Francisco sí que podéis decirlo.

Cuando Lucía escribió este párrafo, advertía que iba a revelar las dos primeras partes del Secreto que la Virgen les había mandado guardar. La primera parte era la visión del infierno. La segunda era todo lo que hemos transcrito, referente a Rusia y al Corazón de María. ¿Y la tercera? Lucía escribió esa tercera parte a fines del año 1943. De acuerdo con el señor Obispo de Fátima, metió el escrito en un sobre, lo lacró; y convinieron que podía ser abierto y publicado en el año 1960, y aún antes si Lucía moría.

(...)

Una vez que la Virgen hubo dicho el texto transcrito, continuó:

—Cuando recéis el rosario decid después de cada misterio: *“Oh mi Jesús: perdónanos, líbranos del fuego del infierno; lleva todas las almas al cielo, principalmente las más necesitadas”*.

—¿Usted ya no quiere nada más de mí?

—No: hoy ya no quiero nada más de ti.

4.^a aparición: el día 19 de agosto

La Virgen, el 13 de julio, había mandado volver al mes siguiente a los niños. Pero, he aquí que aconteció un hecho extraño: cuando se disponían para marchar a la Cova de Iria, el administrador de Vila Nova se presentó en casa de Lucía, y con engaños los hizo subir a su coche, diciéndoles que los llevaba al lugar de las apariciones, y, en un recodo del camino, cambió la dirección y se los llevó secuestrados a su casa de Vila Nova de Ouren. Allí los retuvo injustamente tres días, durante los cuales los sometió a múltiples interrogatorios, queriéndoles arrancar el secreto; los amenazó violentamente hasta con la muerte horrorosa en caldera de aceite hirviendo; y, sin poder haber obtenido de ellos, ni una retractación de la veracidad de las apariciones, ni una revelación del secreto de la Virgen, los tuvo que devolver a los tres días a sus padres.

Entretanto, la multitud esperó en vano por los niños; y, cuando ya se temía un motín contra el administrador del Consejo, Dios realizó unos fenómenos misteriosos, con los cuales la gente no sólo quedó consolada, sino más convencida que nunca de la verdad de las apariciones y dispuesta a volver al mes siguiente.

A los pocos días de haber sido devueltos los niños

a sus casas, éstos salieron un tarde —la del 19 de agosto de 1917— a pastar a las ovejas, en un lugar muy bonito que se llama “Os Vahinhos”, faltaba Jacinta. Y, cuando Lucía advirtió el resplandor, trató de convencer a Juan, hermano de Jacinta para que fuera a buscarla. En efecto, en cuanto llegó se realizó la aparición de la Virgen también sobre un carrasco.

—¿Qué es lo que usted quiere de mí?

—*Quiero que continúes yendo a Cova da Iria; que sigáis rezando el rosario todos los días.*

Lucía hace después algunas otras peticiones, que la Virgen atiende. Y, “tomando un aspecto más triste”, terminó diciendo:

—*Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores; porque van muchas almas al infierno por no tener quien se sacrifique y ruegue por ellos.*

5.^a aparición: día 13 de setiembre de 1917

La persecución injusta y cruel que habían sido objeto los niños inocentes el mes anterior, había producido una reacción tal en el pueblo, que en ese día, 13 de setiembre, la multitud pasaba de la 25 mil personas.

Llegados con dificultad los niños al lugar de las apariciones, rezaron, como de costumbre, el rosario; se produjo el misterioso resplandor, y en seguida el diálogo de Lucía con la Virgen:

—¿Qué es lo que usted quiere de mí?

—*Que vengan aquí el día 13 de octubre. Que continúen rezando el rosario para que termine la guerra, ya que la guerra está para acabar. En el último día ha de venir San José con el Niño Jesús a bendecir al mundo y Nuestro Señor a dar la bendición al pueblo.*

Lucía, como otras veces, introdujo aquí las peticiones que le habían encomendado; a las cuales respondió la Virgen benignamente. Entonces Lucía repitió la súplica:

—Haga un milagro para que todo el pueblo crea que es usted quien realmente aparece.

—*En octubre haré un milagro para que todo el pueblo crea.*

Y, reprendiendo el espíritu de mortificación de los niños, añadió:

—*Dios está contento con vuestros sacrificios; pero no quiere que durmáis con la cuerda puesta; llevadla sólo durante el día.*

6.^a aparición: día 13 de octubre de 1917

La gran propaganda que toda la prensa, aún más la sectaria, había hecho de las apariciones, y sobre todo la viva expectación curiosa que había desper-

tado la profecía sobre el milagro anunciado para este día, atrajeron una multitud de más de 50 mil personas de todo Portugal. Y, no obstante el fuerte temporal de lluvia, los caminos encharcados y enlodados, la dificultad de subir la sierra, la multitud llegó y esperó la venida de los niños rezando y cantando.

Y, efectivamente, a la hora del medio día solar, comenzó el silencioso diálogo de Lucía con la Virgen aparecida:

—¿Qué es lo que usted quiere de mí?

—*Hagan aquí una capilla.*

—Entonces, ¿cómo se llama usted?

—*Soy la Señora del Rosario. Continúen rezando el rosario todos los días, para que Dios os perdone vuestros pecados, y para que la gente vaya al cielo. Si el pueblo se enmendase la guerra acabaría hoy; conviértanse y la guerra acaba hoy mismo; pero esperen a sus soldados muy pronto.*

—Tengo muchas peticiones, ¿me las concederá todas usted?

—*Unas sí, otras no.*

Y, tomando un aspecto más triste, terminó la Virgen diciendo:

—*No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.*

—¿Ya no quiere más de mí?

—*Ya no quiero más de ti.*

“Y abriendo las manos —añade Lucía— las hizo reflejar en el sol, y mientras se elevaba el reflejo continuaba a proyectarse en el sol”. Lucía, por un movimiento natural, señaló el sol, y con un grito espontáneo dijo:

—Miren al sol.

Es entonces cuando se produjo el milagro prome-

tido por la Virgen tres meses antes: el cielo, que hasta entonces había estado cubierto de negros nubarrones, se rasgó dejando ver el sol: éste adoptó la forma y el color de un disco oscuro plateado que no hería la vista. Al mismo tiempo empezó a girar vertiginosamente sobre sí mismo, como una rueda de fuegos artificiales, y hasta tres veces descendió hasta la altura del horizonte, como amenazando caer sobre la tierra. En el sol se manifestaron todos los colores del arco iris, a mismo tiempo que se reflejaban en el paisaje, en la tierra, en los árboles y en las personas. El espectáculo duró como un cuarto de hora. La multitud asistía atemorizada al suceso: oraba y gritaba, invocaba la misericordia de Dios y de la Virgen y pedía perdón de sus culpas.

Se trataba, indudablemente, del signo de Dios prometido por la Virgen para testificar la veracidad de sus apariciones.

Entretanto, los niños que estaban sumidos en el éxtasis de su propio fenómeno, contemplaron un poco confusamente algunas otras visiones, que describe así Lucía con sobriedad: “Desaparecida Nuestra Señora en la inmensidad del firmamento, vimos al lado del sol a San José con el Niño Jesús, y Nuestra Señora vestida de blanco con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir al mundo, pues hacían con las manos unos gestos en forma de cruz.

Poco después, desvanecida esta aparición, vi a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que me daban la idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir al mundo de la misma forma que San José. Desvaneciéndose esta aparición y me pareció ver todavía a Nuestra Señora en forma semejante a Nuestra Señora del Carmen.”

LAS PROMESAS DE LA VIRGEN Y LA MISIÓN DE LUCÍA

Las cosas sucedieron así limpia y llanamente: la Virgen en su aparición de junio de 1917, había dicho a Francisco y a Jacinta que se los llevaría pronto al cielo. Y, en efecto, Francisco, de alma cándida, alegre, humilde y contemplativa, caía enfermo gravemente a fines de 1918. Y, después de una larga y dolorosa enfermedad, santamente sufrida “para consolar al Buen Dios, recibía su primera comunión por viático, y volaba al cielo con la sonrisa a flor de labios el día 4 de abril de 1919, a las diez de la noche.

Jacinta caía enferma casi al mismo tiempo y por la misma enfermedad que su hermano; pero, en ella, la enfermedad tiene un curso y manifiesta unos dolores tan intensos, como convenía a su inocencia y a su vocación de víctima reparadora por los pecado-

res. Cuando se decide su traslado a Lisboa, en un intento desesperado de salvarla allí, después de una operación inútil y dolorosísima, muere piadosamente el 20 de febrero hacia las diez y media de la noche, en el hospital de Doña Estafanía, solita y acompañada de la Virgen, la Reina de los Ángeles.

Según las mismas palabras de la Virgen, quedaba viva Luca, triste y sola. A ella le encomendaba la Virgen dos tareas en su vida: primera la de recibir unas comunicaciones para la Iglesia y el mundo, que, a su tiempo, vendría a hacer la Virgen. Segunda, la de convertirse en evangelista y apóstol del Corazón Inmaculado de María. Para todo ello la Virgen prometía a Lucía una asistencia especial. Recordemos una vez más el texto famoso:

“Sí, a Jacinta y a Francisco los llevo pronto al cielo; pero tú te quedas aquí por algún tiempo; Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A quien la abrazare, prometo la salvación; y esas almas serán predilectas de Dios, como flores puestas por mí para adornar su trono.”

—¿Y yo quedo aquí, solita?

—No, hija mía, ¿sufres mucho? No te desanimes: Yo nunca te dejaré; mi Corazón Inmaculado será siempre tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.

Veamos, pues, cómo y cuándo la Virgen cumple tan espléndidas promesas.

LA GRAN PROMESA DEL CORAZÓN DE MARÍA

Cuando ya en el año 1920, es nombrado el obispo de la diócesis restaurada de Fátima, su primera preocupación pastoral son los acontecimientos de Fátima, y la suerte de la única superviviente, Lucía. Ya en junio de 1921, Lucía entra en un colegio de Oporto, tanto para sustraerse a vanas curiosidades, como, sobre todo, para adquirir una cultura religiosa, moral, y hasta humana, conveniente.

Allí sintió la llamada de Dios para consagrarse enteramente a Él; y entra, como postulante Dorotea, en octubre de 1925, en la casa que las religiosas de Santa Dorotea, en octubre de 1925, en la casa que las religiosas de Santa Dorotea tenían en Pontevedra, hoy convertida en lugar santo de culto de reparación y amor al Inmaculado Corazón de María. Fue allí donde la Virgen se aparece a Lucía para cumplir la primera de sus promesas: venir a pedir la comunión reparadora de los primeros sábados. He aquí cómo Lucía narra literalmente los hechos, aunque hablando por modestia en tercera persona:

“Día 10-12-1925. Se le apareció la Santísima Virgen; y, al lado, como suspendido en una nube luminosa, un niño.

La Santísima Virgen le ponía la mano en el hombro; y, al mismo tiempo, le mostraba un Corazón cercado de espinas, que tenía en la otra mano. Entonces dijo el Niño: ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos le clavan continuamente, sin que haya nadie que haga un acto de reparación para arrancárselos.

Y, en seguida, dijo la Santísima Virgen:

Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y di que:

Todos aquellos que

- 1.º Durante cinco meses en el primer sábado
- 2.º Se confesasen
- 3.º Recibieren la sagrada Comunión
- 4.º Rezaren una parte del Rosario

5.º Y me hicieren quince minutos de compañía, meditando los quince Misterios del Rosario

6.º Con el fin de desagraviarme

Yo prometo asistirles en la hora de la muerte, con todas las gracias necesarias para su salvación.

En el día 15-2-1926. Se le apareció de nuevo el Niño Jesús. Preguntó si ya había propagado la devoción a su Santísima Madre. Ella le expuso las dificultades que tenía el confesor; y que la Madre Superiora estaba, sí, pronta a propagarla; pero que el confesor había dicho que ella sola nada podía. Jesús respondió: “Es verdad que tu Superiora nada puede; pero con mi gracia lo puede todo”.

Presentó a Jesús la dificultad que tenían algunas almas en confesarse en el sábado; y le pidió que fuera válida la confesión de ocho días. Jesús respondió: “Sí; hasta puede ser de muchos días más, con tal de que, cuando me recibieren, estén en gracia y tengan la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María”.

Ella todavía preguntó: “Mi Jesús, ¿y las que olvidaren de formar esa intención?” Jesús respondió: “Pueden formarla en otra confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tuvieren de confesarse”.

La consagración de Rusia

Poco tiempo después de esa aparición, Lucía es trasladada a Tuy, para comenzar su primer año de noviciado. Allí hace su primera profesión religiosa, como coadjutora Dorotea, el da 3 de octubre de 1928. Y, en junio del año siguiente, de 1929, es cuando recibe la segunda comunicación de la Virgen, prometida el 13 de julio de 1917, con aquellas palabras: “Vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado”. Es la misma Lucía quien narra esta comunicación divina con las siguientes palabras literales:

“La comunicación fue así: Había pedido y obtenido licencia de mis Superiores y confesor para hacer

la Hora Santa desde las once hasta media noche, del jueves al viernes. Estando una noche sola, me arrojé ante la balaustrada, en medio de la capilla, para rezar postrada las oraciones del Ángel.

"Sintiéndome cansada me levanté y continué rezándolas con los brazos en cruz. La única luz era la de la lámpara. De repente, se iluminó toda la capilla con una luz sobrenatural; y, sobre el altar, apareció una cruz de luz que llegaba hasta el techo. Dentro de la luz más clara, veíase en la parte superior de la cruz, una figura de hombre con cuerpo hasta la cintura. Sobre el pecho una paloma también de luz; y, clavado en la cruz, el cuerpo de otro hombre. Un poco abajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un Cáliz y una Hostia grande, sobre la cual caían algunas gotas de sangre, que corrían por las mejillas del Crucificado y de una herida del pecho. Resbalando por la Hostia esas gotas caían dentro del Cáliz.

"Debajo del brazo derecho de la cruz, estaba Nuestra Señora: era Nuestra Señora de Fátima con su Corazón en la mano izquierda; sin espada, sin rosas, pero con una corona de espinas y llamas.

"Debajo del brazo izquierdo de la cruz, unas letras grandes como si fueran de agua cristalina, que corría por encima del altar, formaban estas palabras «Gracia y Misericordia».

"Comprend que me era mostrado el misterio de la Santísima Trinidad; y recibí luces sobre este misterio que no me es permitido revelar.

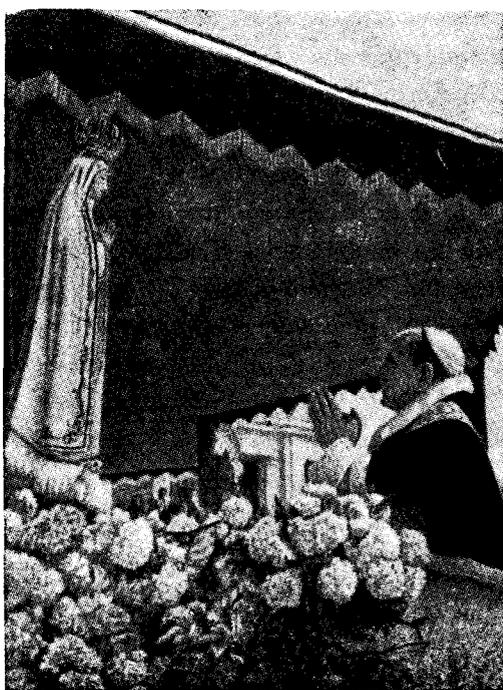
"Después Nuestra Señora me dijo:

"—Ha llegado la hora en que Dios pide que el Santo Padre haga, en unión con todos los obispos del mundo, la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado; prometiendo salvarla por ese medio. Son tantas las almas que la justicia de Dios condena por pecados cometidos contra mí, que vengo a pedir reparación: sacrificate por esta intención y ora."

En Fátima, la devoción del Rosario es la forma popular de petición de aquellos humildes serranos que se reunían al caer de la tarde en la "lareira" (cocina) para rezarlo devota y sosegadamente. Fue tal vez lo que atrajo a la Virgen a descender a una tierra en que era tan piadosamente honrada. Y ya Ella, en sus apariciones, en todas sin excepción, recomienda la recitación del rosario "todos los días"... Ella finalmente se va a declarar bajo que advocación quiere ser honrada, diciendo: *Soy Nuestra Señora del Rosario*.

La devoción del rosario la presentan las apariciones de Fátima en relación especial con la consecución del fin de la guerra y de las grandes calamidades que entonces afligían al mundo. E históricamente, esta devoción parece estar destinada por Dios para aplacarle en los grandes crímenes de la humanidad pecadora y arrepentida.

Los niños Francisco y Jacinta mueren con el rosario en la mano. Las multitudes de Fátima no se cansan de rezar el rosario en una cantinela permanente que sube a los cielos como el mejor olor a romero de aquella serranía consagrada por la presencia de la Virgen del Rosario.



CARTA DE LA VIDENTE LUCIA A MONSEÑOR RUDOLF GRABER OBISPO DE GURZA

Escribió Lucía esta carta el 20 de abril de 1943. Está relacionada con la segunda guerra mundial y se refiere a la conversión de Rusia.

Fue dada a leer ante los Prelados portugueses cuando terminaban una tanda de Ejercicios en Fátima.

También la dio conocer el Emmo. Cardenal Segura en una asamblea sacerdotal en la catedral de Sevilla.

He aquí el texto:

El Señor está contento por lo hecho hasta ahora por el Padre Santo y varios Obispos, aunque “incompleto según sus deseos”.

En recompensa promete que la guerra terminará en breve y que Rusia se convertirá si se cumple esta condición: que los señores Obispos de España atendieran a los deseos de Nuestro Señor y emprendieran una verdadera reforma en el clero y en el pueblo; si esto no se hiciera, Rusia volvería a ser el enemigo con el que Dios los castigaría una vez más. El Señor se va aplacando, pero aún se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas dispuestas a renunciar a lo que de ellas exige el cumplimiento de Su ley.

Esta es la penitencia que nos pide ahora el Señor: el sacrificio que cada uno ha de imponerse a sí mismo, para llevar una vida de justicia en la observación de Su ley; pero es necesario que las almas se penetren bien de esta idea, pues hay muchas que, creyendo que el sentido de la palabra “penitencia” es el de grandes austeridades, y no teniendo fuerzas ni generosidad para llevarlas a cabo, se desaniman abandonándose a una vida de tibieza y pecado.

La noche del jueves al viernes, estando en la capilla con el permiso de mi Superiora, me decía Nuestro Señor:

“El sacrificio que exijo de cada uno” es el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi Ley. Esta es la penitencia que pido y exijo.”

FATIMA EN LA CONTROVERSIA

Tomamos del número de mayo de "Ilustración del Clero" los párrafos esenciales de la homilía de Monseñor Graber que ofrecemos a nuestros lectores.

Con la peregrinación a la imagen milagrosa de la "Alte Kapelle", de Ratisbona, el 13 de octubre, y el acto de fe del 15 de octubre de 1967, en el "domo", se clausuraron las celebraciones del Jubileo de Fátima, que, a partir del mes de mayo, tuvieron lugar cada día 13 en los santuarios marianos de la diócesis. El punto culminante de estas celebraciones fue la *homilía del obispo Rodolfo*, ante millares de personas en el "domo" de Ratisbona. La reproducimos seguidamente de "Institutum Marianum", Regensburg.

Cuando se supo que nuestro Santo Padre proyectaba un viaje a Fátima para el 13 de mayo de 1967 a fin de asistir a la apertura de la celebración del Cincuentenario de las apariciones marianas, supongo que no había nadie entre nosotros que no se haya alegrado de todo corazón.

Cuántas veces se nos había tachado a todos los que seguíamos creyendo en Fátima de excentricidad religiosa, de beatería mariana, tratándonos con una sonrisa compasiva, de preconciarios y retrógrados, ya que, por lo visto, no habíamos sabido captar la dinámica litúrgica y ecuménica posconciliar, hoy en día lo único decisivo que determina el rostro de la Iglesia.

Ahora, pensábamos, ya no es posible juzgarnos de este modo. Ahora lo ha reconocido el *Papa*, lo que, desde luego ya había hecho durante el Concilio, cuando hizo don de la Rosa de Oro al Santuario de Fátima en 1964.

Nos habíamos alegrado demasiado pronto. Por desgracia, hoy la crítica no retrocede ante la máxima autoridad. Apenas el Papa publica una encíclica, como hace algún tiempo acerca del celibato, se le ataca, señalando defectos, ¡como si se tratase de corregir una composición escolar con tinta roja! Lo mismo que cuando ha vuelto a condenar la píldora anticonceptiva y el aborto.

Volvió a suceder con esta ocasión. Un periódico suizo escribió textualmente: "Confieso, con muchos católicos creyentes y sacerdotes de mentalidad abierta, que esta noticia me ha consternado." Este curioso artículo termina con la frase siguiente: "Cuánto nos hubiese alegrado una peregrinación en pro de la paz, *si no hubiese sido a un lugar gravado por factores políticos y religiosos dudosos*, como lo es, precisamente, Fátima."

Mucho he dudado si citaré estas palabras o si no era preferible pasar al orden del día. Pero pensé: "¿Por qué dejarnos acusar de una falta de mentalidad abierta? y ¿no hemos de proteger al Santo Padre de

tales críticas? ¿Factores políticos y religiosos dudosos!

Sólo quien desconoce la historia, puede hablar así. E interrogaremos a la historia. Pues el que pretende hablar de Fátima ha de empezar por estudiar historia. Es verdad que ha de estar convencido de que, aún hoy, *Dios domina la Historia* y que aún hoy *tiene el poder de intervenir en ella*. Aún hoy Dios se revela en el drama de la Historia. Lo esencial es esta percepción de Dios en nuestro tiempo. *Es el factor que decide, si nuestra religiosidad es viva o muerta*.

EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA

¿Qué nos dice, pues, la historia acerca del año 1917, el año de las apariciones de la Madre de Dios de Fátima?

Hace poco tiempo, se ha publicado una obra histórica: *Cambio mundial en 1917*. Propugna la opinión de que hay que considerar el año 1917 como el decisivo de la primera mitad del siglo xx. Y esto, ¿por qué?; porque en este año hacen su aparición las dos potencias mundiales, que desde entonces determinan la historia de la humanidad: a principios de 1917, los Estados Unidos entraron en la guerra, y en octubre-noviembre de 1917 estalló la revolución bolchevique en Rusia. Los Estados Unidos y Rusia son las dos potencias de quienes depende si el mundo conserva la paz o si habrá guerra.

En abril de 1917 tuvo lugar lo siguiente: el Gobierno alemán, con una miopía sin igual, había permitido que los jefes bolcheviques rusos, dejando Suiza, atravesasen Alemania para alcanzar Suecia, desde donde se trasladaron a Rusia para apoderarse del poder, descongestionando, mediante su revolución, el frente alemán oriental. No se sospechaba siquiera, qué incendio se provocaría! ¿Es de extrañar, si, en vista de lo que se iniciaba, hubo una intervención

celestial? ¿Se callará Dios ante todo lo que urde su enemigo? ¡No!

Un Dios que ama a los hombres, que ha entregado por nosotros a la muerte a su Hijo único, no puede tolerar pasivamente, que los poderes del Maligno triunfen de un modo duradero. Hace cincuenta años, el 13 de mayo, el Cielo interviene en la persona de María, la Madre; pero no sólo en el pueblo de Fátima, desconocido hasta entonces, sino también en Roma. Pues a la misma hora, hace cincuenta años, Eugenio Pacelli, más tarde el Papa Pío XII, recibe la consagración episcopal. Dos semanas más tarde, se traslada a Munich en calidad de Nuncio, para iniciar, por encargo del Papa Benedicto XV, una gestión de paz. Y esta misión de paz papal, de índole política, es el reflejo terreno de una misión de paz mucho mayor del Cielo. El Cielo hace a la tierra, desgarrada por una sangrienta guerra mundial, una oferta de paz duradera. *¡Este es el sentido de Fátima!*

EL SENTIDO DE FÁTIMA

En la tercera aparición, el 13 de julio de 1917, nos dice la Madre de Dios: *“Si se tienen en cuenta mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz.”* ¿No es éste un vaticinio que debería llenarnos de entusiasmo, que en realidad todos los gobiernos y parlamentos deberían tener en cuenta? *¡Paz!*

Pero no creamos que Fátima sólo se dirige contra el Oriente. Volvamos a consultar la Historia, exactamente la del año 1917. En tal año, el 24 de junio, la masonería celebró el bicentenario de su fundación. En aquel entonces, un joven franciscano estudia en Roma: “Cuando en Roma el comportamiento de los masones se volvía cada vez más arrogante, cuando desplegaban bajo las ventanas del Vaticano la bandera de Satanás, que representaba una caricatura de Lucifer echando por tierra al arcángel San Miguel, cuando repartían entre la multitud escritos cínicos y groseros contra el Santo Padre, es cuando nació la idea de fundar una unión contra los masones y demás poderes satánicos”. Quizá sospecháis, quien era este joven franciscano. Era Maximiliano Kolbe, el ardiente apóstol mariano, que fundó el 17 de octubre de 1917 la Milicia de la Inmaculada.

Es preciso saber que Portuagl, en 1917, estaba casi totalmente en manos de los masones, y que éstos se esforzaban, cuando las apariciones de Fátima empezaban a ser conocidas, en sofocar desde un prin-

cipio y con todos los medios a su alcance esta presupuesta superstición religiosa. Era, ante todo, el presidente masónico del distrito de Fátima, el “hojalatero”, quien se las había jurado a los tres pequeños pastores videntes. Poco antes del 13 de agosto de 1917 raptó a los niños, los encarceló e intentó, amenazándolos con la muerte, arrancarles su secreto, para poder tratarlos de histéricos o psicópatas, psíquicamente tarados. Pero fracasó, y lleno de ira, no le quedó más remedio que devolver a los niños. Tal es el motivo porque la Madre de Dios, en el mes de agosto, no apareció el día 13, sino sólo el 19. En las personas de los pequeños videntes había triunfado sobre la masonería.

EL ESFUERZO POR LA PAZ. FÁTIMA Y LA ACTUALIDAD

Pero volvamos a la maravillosa promesa: “El mundo tendrá paz”, y ahora, después de haber retrocedido cincuenta años, contemplemos la actualidad.

Admitiréis que el cuadro no es color de rosa. El Papa, casi cada semana, conjura al mundo, pues teme que pueda surgir una tercera guerra mundial. Y desde el punto de vista moral, ¿qué cuadro se nos presenta?

Y, ¿qué aspecto presenta la misma Iglesia? El mismo Santo Padre ha pronunciado, y precisamente el 13 de mayo de 1967 en Fátima, palabras muy claras. El rezar por la paz interna de la Iglesia, que le preocupa muchísimo, no ha sido uno de los menores motivos de su viaje a Fátima. Conocemos ya de otras alocuciones del Santo Padre la honda preocupación que le causa *la confusión y el desconcierto que se han infiltrado en el Santuario* de la Iglesia, y de los cuales todos somos testigos.

Sí, ¡la Paz! ¡Cuanto la necesitamos! Y hace cincuenta años, la Madre de Dios nos la ha ofrecido, es verdad que **BAJO TRES CONDICIONES**: primera, oración y penitencia; segunda, la consagración a su Inmaculado Corazón, y tercera, la comunión reparadora del primer sábado de mes. Mucho habría que decir acerca de cada una de estas tres condiciones. Hoy me limitaré a la *oración y penitencia*.

¿Cómo responde el mundo a esta oferta de paz del Cielo? No de otro modo que en aquel 1917 a la oferta de paz del Papa y a la misión de paz del nuncio Pacelli. También entonces se pronunciaron bellas frases, corrientes en el lenguaje diplomático, cuando se da una negativa: por supuesto se agradecía en

sumo grado la mediación de paz, se examinaría todo con el máximo cuidado, y se tendrían en cuenta las posibilidades, pero... y la guerra continuaba hasta su amargo fin.

La misma suerte ha corrido la oferta de paz celestial, es decir, su fortuna aún ha sido mucho peor: *Ni siquiera se ha tomado nota*. María ha pedido en Fátima: "No se ofenda más al Señor, que ya está bastante ofendido, es decir, no se pague más." ¿Quién ha hecho caso a esta palabra? Hoy se burlan de todo aquel que habla siquiera de pecado.

Sucedió lo que tenía que suceder: la segunda guerra mundial, más terrible aún que la primera. Y ahora nos aguarda la terrible profecía: "SI ESTO NO SE HACE, Rusia extenderá sus errores por el mundo y desencadenará guerras; muchos de los buenos serán torturados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, diversas naciones serán aniquiladas..."

¡Éstas son nuestras perspectivas de porvenir!

LA CEGUERA INCOMPRENSIBLE DEL MUNDO

El hecho desafía a todo sentido común. Si sé que la tierra puede ser destruida o que varias naciones pueden ser aniquiladas —y esto hoy, con las armas ABC, es perfectamente factible— y si de otra parte tengo la certidumbre absoluta que tal cosa puede evitarse mediante la oración y la penitencia, *mi deber sacrosanto es emplear este medio de salvación*. Si lo omito, participo en la culpa de la aniquilación de estos pueblos. LA OMISIÓN DE LA ORACIÓN Y DE LA PENITENCIA —*tened en cuenta que hablo muy en serio*— ES UN CRIMEN DE LESA HUMANIDAD.

¡Y hoy hay cristianos, católicos, que expresan su extrañeza acerca de la peregrinación del Papa a Fátima!

Es verdad que también en parte es culpa nuestra si se desvaloriza a Fátima de este modo. Pues para muchos católicos, Fátima no consiste en la corrección de la propia vida, en la oración y penitencia, sino en el *sensacionalismo*. Cuanto ruido se arma, una y otra vez, con el *secreto de Fátima*, en el cual, al parecer, se anuncian las peores calamidades, ¡cómo si no bastase ampliamente con lo que ya sabemos! ¡Y no nos

damos cuenta de *la astucia del diablo, que nos engatusa para distraernos de lo esencial, que es la oración y la penitencia*, con profecías fantasías y sensacionalismos! ¡Y a nosotros nos falta tiempo para caer en la trampa!

Y ahora otra cosa, a qué ya hemos aludido. Es verdad que Fátima habla de Rusia y de sus errores. Pero, *¿de dónde han surgido estos errores?* De entre nosotros, DEL CORAZÓN DE EUROPA. Una filosofía que se alejaba cada vez más de Dios, ha ido madurando las ideas que han estallado en Rusia. Hace 250 años, se fundó en Londres la contra-iglesia, que omiso aniquilar a Fátima en el mismo año de las apariciones. Lo que quiero decir es que no hemos de fijarnos solamente en Rusia, sino que deberíamos *empezar por nuestra casa*. Y hoy, en medio de nuestro bienestar material, habría que ver dónde hay más materialismo, si en Oriente o aquí. ¡Guardémonos de toda arrogancia farisaica!

AÚN ESTAMOS A TIEMPO...

Cincuenta años de Fátima. Aún estamos a tiempo. La paciencia de Dios es grande. Aún todo podrá trocarse en bien, *si hacemos lo que María*, en sentido estrictamente bíblico, recordó, dijo y pidió en Fátima: "*¡No se ofenda más al Señor, que ya está bastante ofendido!*"

Poseo una carta de Lucía, escrita el 19 de marzo de 1940 al profesor Fischer de Bamberg, que es quien realmente ha dado a conocer a Fátima en Alemania. Esta carta termina con las palabras siguientes:

"En mi pobre oración no olvido a Alemania. Aún volverá al rebaño del Señor. Este momento va aproximándose con mucha lentitud, pero acabará por llegar. Y los *Sagrados Corazones de Jesús y de María reinarán* allí en todo su esplendor."

¡Extrañas palabras! ¿Son una profecía? No lo sé. Pero lo que sí sé, es lo siguiente: Si aceptamos el mensaje de oración y penitencia y lo ponemos en práctica, si nos entregamos totalmente al Corazón del Redentor y al de su Madre Inmaculada, se convertirá en bendición para nosotros, nuestras familias y nuestro pueblo.



FATIMA Y EL SANTO ROSARIO

De la prestigiosa revista chilena "Tizona" tomamos lo esencial del artículo del mismo título de Juan C. Ossandón Valdés, que a continuación ofrecemos a nuestros lectores.

El 7 de octubre de 1571, toda Europa se estremeció con el fragor de la batalla. San Pío V había llamado a las armas a la Cristiandad, para hacer frente a la invasión turca. Don Juan de Austria, al mando de la escuadra cristiana, logra, en ese día, la victoria total en Lepanto.

En 1914 varias niñas ven una extraña figura en Fátima; una figura de hombre envuelta en una sábana, sin cabeza, ni ojos, resplandeciente. Una de las niñas se llamaba Lucía Abóbora. En 1915 varias niñas ven, en dos oportunidades, la curiosa figura y sólo consiguen risas de los niños, y miradas compasivas de los mayores. En 1916 Lucía, con sus primos Jacinta y Francisco, ven nuevamente la resplandeciente figura. Pero, esta vez, ésta se acerca lo suficiente como para verla mejor: es un joven resplandeciente y transparente que dice llamarse "el Ángel de la Paz" (San Miguel). Rezad así: ¡Dios mío, creo, adoro, espero y Te amo! ¡Te pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no te aman!". La visión del Ángel dejó exhaustos a los niños, que guardaron prudente silencio al respecto.

El 13 de mayo de 1917 los mismos niños, en Cova da Iria, ven a una preciosa Señora, la cual les pide que todos los meses, en ese mismo día 13, acudan al mismo lugar, pues tiene algo importante que decirles.

El 13 de julio, la Señora dio la gran revelación: abriendo sus manos, derramó su resplandor sobre la tierra, que se abrió, dejando ver un mar de fuego, y sumergidos en él los demonios y las almas, como si fuesen carbones al rojo vivo. Ante el espanto de los niños, la buena Señora los reconforta prometiéndoles que ellos jamás irán allí. Es el infierno, donde van los pecadores. Para salvarlos, Dios desea establecer la devoción al Inmaculado Corazón. Pronto terminará la guerra, promete la Señora, pero si no se enmiendan los rumbos, habrá otra peor. Esta segunda guerra será anunciada por una noche iluminada por una luz desconocida. Para prevenir esto, vengo a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los pri-

meros cinco sábados. Si ellos escuchan mis ruegos, Rusia se convertirá y habrá paz. *Si no es así*, ella esparcirá sus errores a través del mundo, provocando guerras y persecuciones de la Iglesia.

El 13 de octubre, la Señora dará a conocer su nombre: *Soy la Virgen del Rosario*, y abriendo sus manos hizo que se abriesen las nubes, produciéndose el extraordinario milagro del Sol.

¿Por qué María quiso en Fátima darse el nombre de Virgen del Rosario? En Lourdes se llamó Inmaculada Concepción, confirmando el dogma recientemente promulgado. ¿Hay alguna relación entre las guerras anunciadas y el Santo Rosario?

Cuando Santo Domingo de Guzmán recibe la revelación del Santo Rosario, la recibe como el arma de los cristianos, para vencer a sus peores enemigos, y salir airosos en los mayores peligros. Con el Santo Rosario, Santo Domingo convierte a miles y miles de cátaros, salvando a la cristiandad de una de las más nefastas herejías. Por ello, San Pío V, puso la escuadra cristiana bajo la protección de la Virgen del Rosario y encomendó a toda la cristiandad su rezo, a fin de impetrar del Cielo la victoria.

Si nos fijamos atentamente, Nuestra Señora vino a revelarnos toda la historia del siglo xx: un siglo criminal. De guerra en guerra, de revolución en revolución la sangre se ha derramado como nunca antes. A excepción de la Primera Guerra Mundial, cuyo término anuncia la Virgen con un año de anticipación, todo este derramamiento de sangre tiene su origen en Rusia, en el marxismo-leninismo, la más criminal ideología que haya podido inventar la mente humana. Y la Virgen vino a decirlo antes de que se produjese. Un mes antes de la revolución bolchevique, Nuestra Señora nos anuncia: *Rusia será el látigo de Dios*.

Pero Rusia es sólo el instrumento en manos de la justicia Divina. Como lo dijo Jacinta: *"Las guerras no son sino castigos por los pecados del mundo"*. Es el

pecado la causa del avance de la perversión. La misma Virgen dijo que si los hombres persistían en sus pecados, todos los países del mundo sufrirían el castigo. Éste consiste en ser infiltrados y dominados, de alguna manera, por el criminal marxismo. Incluso nos advierte que algunos países desaparecerán.

Las profecías de los niños son muchas y todas se han ido cumpliendo. Francisco describe con cierta prolijidad los bombardeos aéreos de la segunda guerra mundial. La gran luz que la precedió se vio el 25 de enero de 1938 en toda Europa. Jacinta vio a un Papa llorando mientras una multitud grita y lanza piedras a las ventanas del Vaticano. *Todavía no hemos visto, este suceso*, pero tal como están las cosas, a nadie le extrañaría que se realizase cualquier día. El actual desorden del clero también está profetizado por Jacinta, quien advierte: *“Los sacerdotes deberán ocuparse de los asuntos de la Iglesia. Los sacerdotes deberán ser puros, muy puros”*. Más adelante insiste: *“sin confesión no hay salvación”*. Pero estos consejos fueron dados en 1920, poco antes de morir la vidente. Lucía dirá que a su parecer los pecados que más abundan son los de la carne. Hoy en día no es necesario comentar estas palabras.

Pero el sentido más profundo de la aparición está en la necesidad de orar y hacer penitencia para evitar estos males, que son sólo un pálido reflejo del mal que nos espera: el infierno. No hay que olvidar que la gran revelación del 13 de julio se inicia con la

visión del lugar del castigo eterno. Los padecimientos terrenales son sólo una anticipación de los eternos. ¿Cómo evitarlos? Desde siempre sabemos que es el pecado el que conduce allá. Mas, ¿cómo evitar el pecado? Aquí viene el aspecto positivo de la gran revelación. Nuestra Señora nos revela los dos métodos infalibles para lograrlo: hacer penitencia y rezar el Santo Rosario. Por algo, Nuestra Señora quiso hacer hincapié en éstos, y no en otros. Y para revelar esto tuvo a bien hacer el milagro del sol, anunciar todo el futuro del presente siglo, y hacer tantas curaciones milagrosas, como ha habido en Fátima. Quiere decir, que el hacer penitencia y rezar el Rosario es de tal importancia, que la Virgen estima conveniente detener al sol y hacerlo salir de su órbita, ante 70.000 aterrados peregrinos para que no lo olviden, Jacinta dirá: *“Di a todo el mundo que Dios les concede favores por mediación de Ella (María)”*. Y Lucía nos revela la esencia de toda la revelación con estas palabras: *“Desde que la Santísima Virgen ha dado una eficacia tan grande al Rosario, no existe ningún problema material, espiritual, nacional o internacional, que no pueda ser resuelto por el Santo Rosario y por nuestros sacrificios”*.

Ciertamente, es difícil hacer penitencia; es más fácil rezar el Santo Rosario. Y su rezo nos dará las fuerzas necesarias para hacer penitencia y evitar el pecado. Y entonces lograremos lo único necesario: *la salvación eterna*.



SANTO DOMINGO Y EL ROSARIO

P. LACORDAIRE

La guerra, por su duración y alternativas, parecía obstáculo casi invencible al designio constante de Domingo, cual era fundar una Orden religiosa consagrada al ministerio de la predicación. Y así, no cesaba de pedir a Dios el restablecimiento de la paz, y con objeto de obtenerla y acelerar el triunfo de la fe, instituyó, no sin secreta inspiración, esta fórmula de orar tan extendida en la Iglesia universal con el nombre de "Rosario". Cuando el arcángel Gabriel fue enviado por Dios a la Virgen María para anunciarle el misterio de la encarnación del Hijo de Dios en su casto seno, la saludó en estos términos: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres" (*Luc.*, 1). Estas palabras, las más gloriosas que haya oído criatura alguna, se han reeptido de edad en edad por boca de los cristianos, que desde este valle de lágrimas no cesan de reeptir a la Madre de su Salvador: "Dios te salve, María". Las jerarquías del cielo habían enviado a uno de sus jefes a la humilde hija de David para que le dirigiese esta magnífica salutación; y ahora que está sentada por encima de los ángeles y de todos los coros celestiales, el género humano que la tuvo por hija y hermana, la envía desde aquí la salutación angélica: "Dios te salve, María". Cuando la oyó por vez primera de la boca de Gabriel, al punto concibió en sus purísimas entrañas al Verbo de Dios; y ahora cada vez que labios humanos repiten esas palabras, que fueron la señal de su maternidad, se conmueven sus entrañas al recuerdo de un momento que no tuvo semejante ni en el cielo ni en la tierra, y todo el empíreo se llena de la felicidad que, al oírlas, ella siente.

Ahora bien: aunque los cristianos tenían costumbre de saludar así a María, el uso inmemorial de esta salutación nada tenía de regulado ni de solemne. Los fieles no se reunían para dirigirla a su muy amada protectora; cada cual seguía los impulsos de su amor. Domingo, que ni ignoraba el poder de la asociación de la plegaria, creyó útil aplicarla a la salutación angélica, y que este clamor común a todo un pueblo reunido subiría al cielo con imperiosa eficacia. La misma brevedad de las palabras del ángel exigía que fueran repetidas cierto número de veces, como esas aclamaciones uniformes que el agradecimiento de los pueblos lanza al paso de sus soberanos. Pero la repe-

tición podía engendrar distracción del espíritu. Domingo proveyó distribuyendo las saluciones orales en varias series, a cada una de las cuales unió el pensamiento de uno de los misterios de nuestra Redención, que fueron para la Santísima Virgen, sucesivamente motivo de gozo, de dolor y de triunfo. De esta manera, la meditación íntima se unía a la oración pública; y el pueblo al saludar a su Madre y a su Reina, la seguía desde el fondo de su corazón en cada uno de los acontecimientos principales de su vida. Domingo formó una cofradía para asegurar mejor la duración y la solemnidad de este modo de orar.

Su piadoso pensamiento fue bendecido con el mayor éxito: con un éxito popular, el pueblo cristiano se adhirió a él de siglo en siglo con increíble fidelidad. Las cofradías del Rosario se ha multiplicado hasta el infinito; apenas hay cristiano en el mundo que no posea, con el nombre de Rosario una tercera parte del mismo. ¿Quién no ha oído al caer la tarde, en las iglesias, la voz grave del pueblo rezando a coros, la salutación angélica? ¿Quién no ha visto procesiones de peregrinos entonando el rosario, y amenizando la duración del camino con la repetición alterna del nombre de María? El racionalista sonrío viendo pasar filas de gente que repiten una misma palabra; el que está ilustrado con mejor luz comprende que el amor sólo tiene una palabra, y que, diciéndola siempre, no la repite jamás.

La devoción del Rosario, interrumpida por la terrible peste que asoló a Europa en el siglo xiv, fue renovada en el siguiente por Alano de la Roche, dominico bretón. En 1573, el soberano Pontífice Gregorio XIII, en memoria de la famosa batalla de Lepanto, ganada contra los turcos en tiempo de un Papa dominico, el día mismo en que las cofradías del Rosario celebraban en Roma y en el mundo cristiano procesiones públicas, instituyó la fiesta que toda la Iglesia celebra cada año el primer domingo de octubre, con el nombre de fiesta del Rosario.

Tales eran las armas a que recurría Domingo contra la herejía y contra los males de la guerra: la predicación entre las injurias, la controversia, la paciencia, la pobreza voluntaria, una vida dura para sí mismo, una caridad sin límites para el prójimo, el don de milagros, y, por fin, la promoción del culto de la Santísima Virgen con la institución del Rosario.

LA AUSENCIA DE LA INFANCIA ESPIRITUAL

ROBERTO CAYUELA, S. I.

Se necesita que un cristiano sea muy miope en los ojos del alma, o los tenga caliginosamente oscurecidos por el humo de Satanás, para no darse cuenta de que nuestra época se distingue desdichadamente por la ausencia, o carencia, o falta de la verdadera infancia espiritual en las almas y en la vida de muchos cristianos, aun de los que presumen de seguir y profesar el Evangelio. Es un lamentable hecho, que se impone por la evidencia.

Y lo cierto y triste es que esta tan extendida ausencia de la infancia espiritual es funesto origen de muchos errores doctrinales y de frecuentes desviaciones morales.

No lo creerás la mayor parte quizás de los hombres modernos; y si se lo decimos y aseveramos, nos mirarán con mirada de compasión y con sonrisa despectiva, pues sus criterios van por otros derroteros.

Son muchos, efectivamente, los que en libros, revistas y periódicos, lo mismo que en discursos y homilias, denuncian y ponen de relieve los errores que en materia de fe y costumbres cunden en nuestra época; como también las desviaciones prácticas morales, los pecados y los vicios, a donde llevan los falsos criterios y las erróneas doctrinas.

Hay también quienes, además de denunciar esos errores y desviaciones, se afanan por descubrir y poner de manifiesto las causas de donde proceden, como de su origen viciado y fuente infecta, todas esas perniciosas consecuencias. Y en ello hay quienes aciertan, y hay quienes se equivocan, o no dan en las verdaderas causas de nuestra grave crisis actual.

Son ciertamente varias las causas de nuestros males doctrinales y morales; pero entre ellas, quisiéramos

llamar la atención sobre una, que siendo muy común, y siendo también origen muy frecuente de tanto error y tanto desorden moral, no vemos que sea bastante aducida ni considerada; pero que sin duda es una de las principales causas de lo que tanto lamentamos. Nos referimos a la triste realidad de la ausencia frecuentísima de la verdadera infancia espiritual en las mentes y en la vida de muchos cristianos de nuestra época.

Con certera visión de las realidades actuales, y con inspirado intento de llevar luz a las almas, está aprovechando CRISTIANDAD la oportuno ocasión del reciente centenario de Santa Teresa del Niño Jesús, para poner en buena luz lo que es y lo que significa la verdadera infancia espiritual; y dar voces acertadas de alerta contra las graves derivaciones de la ausencia o carencia de ella en las almas cristianas.

Y deseamos nosotros secundar el noble y necesario apostolado de esta Revista, que teniendo por lema promover el Reino de Cristo, y combatir con las armas de la verdad todo lo que a él se opone, está llamando la atención de sus queridos lectores a la consideración de la infancia espiritual, como a un tema de suma importancia en el Reino de Cristo.

Uniéndolo, pues, nuestra débil voz a la más poderosa y elocuente de otros ilustres redactores, deseamos proponer en qué consiste y cuánto vale e importa en la vida cristiana la infancia espiritual; y juntamente señalar y probar que la ausencia o carencia de ella es uno de los más directos y eficaces orígenes de errores doctrinales y desviaciones morales de nuestros días.

1.º LA VERDADERA INFANCIA ESPIRITUAL

Es la del Evangelio. La tomó primeramente en sí mismo, y la realizó con plena perfección, el Divino Salvador; y después la enseñó paladinamente con palabras terminantes, y como cosa necesaria para la eterna salvación. Lo hizo sin respetos humanos, y a la faz de la soberbia de muchos de sus oyentes.

La ocasión de esta importantísima enseñanza del Evangelio fue una escena encantadora.

“Y le presentaron unos niños, para que pusiese sus manos sobre ellos, y orase por ellos. Mas los Dis-

cípulos, al verlo, reñían a los niños y a los que los presentaban. Jesús, que lo vio, lo llevó a mal; y llamando hacia Sí a los pequeñuelos, dijo a los Discípulos: dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el Reino de Dios. En verdad os digo que quien no recibiere el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y abrazándolos y poniendo sus manos sobre ellos, los bendecía” (Mt., 19, 13-15; Mc., 10, 13-16; Lc., 18, 15-17).

Como se ve, los tres Evangelistas sinópticos nos

refieren el hecho; y nos han trasmitido las palabras mismas del Divino Maestro.

Y también los mismos tres Evangelistas, San Mateo, San Marcos y San Lucas, nos relatan otro pasaje, en el que Jesús completó su pensamiento y su doctrina sobre la infancia espiritual.

Es el pasaje al que con toda propiedad se ha dado el título de "Júbilos del Corazón de Jesús"; y contiene una inusitada expresión del gozo íntimo del Señor, y las palabras que en ese gozo pronunció, al oír contar a los 72 Discípulos lo que ellos referían, contentos y satisfechos, por las grandes cosas que habían realizado, en nombre del mismo Jesús, en la singular misión a que les había enviado, para prepararle los caminos.

"En aquellos momentos, Jesús se estremeció de gozo en el Espíritu Santo y dijo: — Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los ojos de los sabios y de los prudentes; y las descubriste a los pequeñuelos. Sí, Padre; que tal ha sido tu beneplácito" (Mt., 11, 25-26; Mc., 13, 16-17; Lc., 10, 21-22).

Realmente, de la plenitud rebosante del corazón habla la boca; y en aquella ocasión, de la plenitud de sabiduría y de dulzura, que rebosa del Corazón de Cristo, brotaron estas palabras luminosas y llenas de encanto. Recojámoslas amorosamente, pues con ellas nos manifestó Jesús las complacencias divinas en los que se hacen espiritualmente como niños en la humildad, sencillez y docilidad; y nos descubren los efectos de estas complacencias del Padre, aun en la vida presente, y como preparación para que entremos en el Reino de los Cielos.

Mientras Jesús bendice al Padre, da, como Maestro, a sus Discípulos una gran lección, tan alta como provechosa y necesaria, sobre la norma que Dios tiene en la revelación de sus soberanos misterios. El "Señor del cielo y de la tierra" reparte sus dones según su divino beneplácito. Si de su parte otorga sus gracias y revela sus misterios y sus designios por pura bondad y misericordia; pero, de parte nuestra, tiende principalmente al humilde acatamiento del hombre, a su dócil sinceridad. Donde ve altivez, esconde su mano; donde halla un corazón sincero y humilde, "abre su mano, y sacia con largueza a todo ser viviente" (Ps. 144, 16). La lluvia del cielo, que desciende de las empinadas cimas, se recoge en los profundos valles. Por esto, a los que se tienen por intelectuales y sabios, a los hinchados con su ciencia mundana, les esconde el Señor celosamente sus misterios; empero a los que reconocen humildemente la

verdad de lo que son, y se tienen por pequeños a sus propios ojos, a los que ante la Majestad de Dios sienten la verdad de su limitación y la necesidad que tienen de Dios para creer y para obrar conforme a la fe; a los tales les descubre generosamente sus secretos y las maravillas de su amor.

Nadie quizá ha expuesto tan acertadamente el significado y valor de esta infancia espiritual del Evangelio, como el Papa San León Magno. Oigámosle,

"Toda la enseñanza y la práctica de la sabiduría cristiana, amadísimos, no consiste en la abundancia de palabras, ni en la habilidad para discutir, ni en el afán de alabanza y gloria de los hombres; sino en la sincera y voluntaria humildad, que el Señor Jesucristo escogió y enseñó, como la grande y verdadera fuerza, desde el seno de su Madre hasta el suplicio de la Cruz.

"Pues cuando sus Discípulos disputaban entre sí, como refiere el Evangelio, sobre quién de ellos sería el más grande en el Reino de los Cielos, Él, llamando hacia Sí a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo: si no os convertís, haciéndoos como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos; pues el que se humillare hasta hacerse como un niño, ése será el más grande en el Reino de los Cielos.

"Cristo ama la infancia, que Él mismo asumió en su alma y en su cuerpo desde un principio. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, norma de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia, y de tal manera que hacia ella orienta las costumbres de los mayores; hacia ella conduce aun la misma ancianidad; y así, a los que eleva al Reino eterno, antes los ha atraído a su propio ejemplo.

"Mas si queremos ser capaces de comprender perfectamente cómo se puede llegar a un cambio y conversión tan admirable, y por qué transformación voluntaria hemos de ir a la edad y condición de los niños, dejemos que San Pablo nos instruya y nos diga: No seáis niños en el juicio; sed párvulos sólo en la malicia; pero adultos en el juicio (1 Cor., 14, 20).

"No se trata, pues, de volver a los juegos de los niños, ni a las imperfecciones de los primeros años; sino se trata de que adoptemos una manera de vida que convenga también a los años de la madurez. Es decir, que pasen pronto nuestras agitaciones interiores, que rápidamente encontremos la paz; que no guardemos resentimientos por las ofensas, ni codiciemos las dignidades; sino que amemos vernos unidos, y guardemos una igualdad que sea conforme a lo que somos por la humana naturaleza,

"Es ciertamente un gran bien que no sepamos alimentar ni tener gusto por el mal; pues inferir y devolver las injurias es propio de la sabiduría de este mundo; y por el contrario, no devolver mal por mal es propio de la infancia espiritual, toda llena de ecuanimidad cristiana.

"Amén, pues los fieles la humildad, y eviten todo orgullo y engreimiento; cada cual prefiera a su prójimo a sí mismo; y nadie busque su propio interés, sino el del otro; de manera que cuando estén todos llenos del espíritu de benevolencia, no se encuentre en ninguno el veneno de la envidia; pues el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado (Lc., 14, 11); como lo atestigua Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos" (Hom. 7.^a in Epiph. Dom.).

¿Cómo se podría expresar mejor el pensamiento de Cristo sobre la infancia espiritual? Y concuerdan con San León Magno los demás Santos Padres, que unánimemente entendieron la doctrina evangélica sobre el hacernos como niños, en el sentido primario de la virtud fundamental del cristiano, que es la sincera humildad; mas no tan sólo en esto; sino también en el sentido de la ingenuidad y la inocencia; y, sobre todo, en el sentido de la sencillez de ánimo y en la sinceridad y docilidad con que los niños se muestran ajenos de toda ambición, orgullo y egoísmo.

En una palabra: que los adultos hagamos por virtud, con el vencimiento y el dominio propio; para imitar a Cristo, y con su gracia, lo que por condición natural son y hacen los niños.

Y notemos atenta y cuidadosamente que el Divino Maestro nos enseña y nos recomienda la infancia espiritual, no tan sólo como una cosa de consejo, sino como disposición y aun condición *necesaria* para entrar en el reino de los Cielos.

Sí, en la infancia del espíritu, bien entendida, ha señalado Jesús las disposiciones morales que deben tener los que han de entrar en la vida eterna de la Gloria; es a saber, la sencillez, la inofensividad, el candor, la confianza, el sentido de la propia pequeñez y de la natural limitación; la sincera humildad; "porque de los tales es el Reino de los Cielos".

Ni solamente la virtud necesaria para no ser excluidos del Reino de Dios; sino también la más excelsa santidad, la ha cifrado Jesús en la infancia espiritual. No es ella *un* camino para llegar a las cumbres de la santidad cristiana; es *el único camino*.

Los más grandes Santos, los que son considerados como gigantes en la santidad, se han distinguido siem-

pre por su sencillez espiritual. Y es interesante que los pasajes patrísticos de la Liturgia, que más enaltecen la infancia evangélica, sean precisamente de los colosos de la sabiduría y de la santidad. Lo hemos visto en San León Magno; y lo podríamos confirmar con palabras parecidas de San Agustín, de San Hilario, de San Jerónimo, de San Gregorio el Grande. Y el Papa que beatificó y canonizó a Santa Teresa del Niño Jesús, la pequeña Santa y gran Santa de Lisieux, fue Pío XI, grande entre los grandes Papas de la Iglesia.

Esta es, pues, la verdadera infancia espiritual, porque es la de Cristo, la del Evangelio. Y en nuestros tiempos, como acabamos de recordar; tiempos tan necesitados de ella, tan alejados de ella, ha querido la inefable Providencia del Señor darnos un gran ejemplo de ella; ejemplo sumamente admirable, y a la vez amable e imitable. Es el de Santa Teresa del Niño Jesús.

Ilustrada con luz celestial, comprendió lo que es y lo que significa la infancia espiritual; la puso en práctica con suma perfección; y la enseñó a todos con firme constancia, a la par que con virginal delicadeza. Oigamos lo que de este acabado modelo de infancia espiritual, la Santa de Lisieux, nos dice la Santa Madre Iglesia, por boca del Papa Pío XI.

"Para agradar más al Altísimo, y habiendo leído en las Sagradas Escrituras aquel aviso: Quien sea pequeñuelo y sencillo, venga a Mí (Prov., 4, 3), quiso ser párvula en el espíritu; de lo cual procedió que con filial confianza se entregó perpetuamente a Dios, como a Padre amantísimo. Esta vía de la infancia espiritual, según las enseñanzas del Evangelio, la enseñó a otros; en especial a las novicias, que por obediencia recibió para formarlas en la práctica de las virtudes religiosas. Y así, repleta de celo apostólico, mostró al mundo, hinchado de soberbia y ávido de vanidades, el camino llano de la sencillez evangélica".

Desde los tiempos, tan cercanos a los nuestros, de la gran Santa de Lisieux, se ha hecho mucho más necesario volver al Evangelio, y aprender del ejemplo y de la doctrina de Cristo Jesús el amor y la práctica de la verdadera infancia espiritual.

Y cuando es más necesaria, vemos que hay en muchísimos cristianos una deplorable ausencia o carencia de ella; siendo así que ello es el origen de gran parte de los errores doctrinales y de las desviaciones morales que vemos y lamentamos. Es lo que vamos a considerar en resumidas consideraciones.

2.º LA AUSENCIA DE LA INFANCIA ESPIRITUAL, ORIGEN DE MUCHOS MALES EN FE Y COSTUMBRES

En campo tan dilatado, y donde hay tanta cizaña, sembrada por el maligno enemigo, será preciso reducirnos a unos pocos como capítulos de males doctrinales y morales, que minan ahora la vida cristiana, como efectos perniciosos de la falta o ausencia de la verdadera infancia espiritual.

a) Y, ante todo, el subjetivismo. — Los más conspicuos escritores de la Historia Eclesiástica; los que no limitándose a consignar los hechos, han indagado y han puesto de manifiesto las causas de ellos, que es lo propio de la Historia, no sólo como Arte, sino también como Ciencia, están contestes en afirmar que todos los errores dogmáticos y todas las herejías han tenido su origen en el subjetivismo de los que ateniéndose tan sólo a sus propias opiniones y a sus pareceres subjetivos, los han preferido y antepuesto a las claras enseñanzas del Magisterio de la Iglesia; y aun después de ser propuestas estas enseñanzas y aun definidas como doctrina de fe, han sostenido pertinazmente lo que subjetivamente se habían ellos elaborado y lo habían publicado.

Pues lo que siempre ha sucedido con los herejarcas y los fautores de errores dogmáticos, lo vemos ahora en muchas personas que con increíble presunción mantienen y proclaman sus opiniones subjetivas en contra de la autoridad doctrinal de la Iglesia. Saben ellos mucho más que los teólogos insignes; más que los Obispos más doctos; más que el mismo Sumo Pontífice.

Y en la doctrina y práctica de la vida moral se difunde hoy día, como un veneno corrosivo y como una plaga destructora, la opinión de que la conciencia subjetiva de cada uno es la norma suprema y aun única de los actos humanos.

Pues, ¿quién no ve que este orgulloso proceder se debe a la falta de la auténtica humildad cristiana, una de las características de la verdadera infancia espiritual?

b) La autosuficiencia y criticismo. — Ambas cosas van del brazo del subjetivismo. Los que pretenden llevar adelante sus propias opiniones, aun en contra de pareceres y juicios muy autorizados, es porque se figuran que saben de todo, que pueden dictaminar aun sobre cosas muy altas y difíciles, y que por lo mismo pueden criticarlo y juzgarlo todo. Y esto se ve aun en personas de pocas luces y de poca formación; lo cual es lo más lamentable, pues como alguien dijo con plena razón, “no hay cosa peor que

una medianía infatuada, una mediocridad engreída”. ¡Y hay en nuestra época tantos así!

Son muchos los que en conversaciones y diálogos, al proponerse asuntos graves y difíciles, y que piden mucho estudio y mucha experiencia, en vez de atenerse a lo que, de niños, aprendimos en el Catecismo: “eso no me lo preguntéis a mí, que no tengo suficiente preparación para dar una opinión acertada; Doctores tiene la Santa Madre Iglesia, que os sabrán responder”, se lanzan a dictaminar sobre las cosas más arduas, o sobre asuntos delicados, según lo que se les ocurre en aquel momento, o lo han soñado con anterioridad.

Muy lejos están los tales de seguir aquel sabio consejo de la Divina Escritura: “No estribes en tu propia inteligencia” (Prov., 3, 5). Y así, aun en las otras cosas humanas, en las que no hay tanto peligro como en el error doctrinal o en la desviación moral, sienten de consuno los hombres en realidad sabios que es prudencia verdadera no fiarse uno de su propia prudencia; y especialmente en las cosas de cada uno, donde no suelen ser los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión, que oscurece y anubla el entendimiento y llega a trastornar el corazón.

Pues siendo así que todo hombre sensato debe atenerse al parecer de personas prudentes, o a lo menos contar ese parecer ajeno para sopesar el propio suyo en sus cosas; y esto, aun cuando las tales personas, aun siendo prudentes, no tienen autoridad doctrinal; ¡cuánto más si se trata de las enseñanzas de la Iglesia, que ha recibido de su Divino Fundador la autoridad para interpretar con plena seguridad las verdades reveladas, o las que se refieren a ellas!

Y así, era común sentir de los antiguos ascetas que “con ningún otro vicio trae tanto el demonio al cristiano a despeñarle en su perdición, como cuando le persuade que, desechados los consejos de los que tienen más autoridad y son más experimentados, se fíe en su propio juicio, resolución y ciencia.

c) Crisis de fe y de obediencia. — Quien ha entendido bien lo que es y lo que significa la verdadera infancia espiritual, verá como cosa evidente que a la falta de ella se debe atribuir la actual pavorosa crisis de fe y de obediencia. Casi huelga demostrarlo. Tan sólo notaremos que la fe es don de Dios, y la obediencia es una virtud que procede de la gracia de Dios; y Dios, que resiste a los soberbios, da su gracia

a los humildes. Y ya hemos oído de labios del Divino Maestro que Dios oculta la revelación de sus misterios a los que presumen de inteligentes, entendidos y sabios según el mundo, y la descubre a los que se reconocen como pequeñuelos, necesitados de la luz y de la fuerza del Señor para creer y para obedecer.

d) La decadencia en la verdadera devoción a la Santísima Virgen María. — También esta triste y patentemente innegable realidad de nuestra época se debe a la ausencia de la verdadera infancia espiritual. En efecto; el cristiano, por muy adelantado y aun avanzado que sea en edad, está siempre en período de formación, de educación espiritual, de desarrollo y crecimiento en la vida sobrenatural de la gracia; por lo cual, es evidente que así como en la vida natural, el niño y el adolescente necesita de los cuidados de la madre, lo mismo, y mucho más, el cristiano en la vida sobrenatural. Y en ella, nuestra Madre es la Virgen María, de cuyos maternales cuidados tenemos absoluta necesidad para crecer y perfeccionarnos en la vida cristiana; pues María, con su ejemplo e intercesión nos ayuda maravillosamente para que Cristo se vaya formando en nosotros; ya que en esto consiste propiamente el desarrollo de nuestra vida sobrenatural; y nadie mejor que María realiza esta obra, pues para esto nos la ha dado Cristo por Madre; y Ella, del todo llena de Cristo, y poseyendo el mismo amor y Corazón de Cristo, coopera maternalmente con la gracia divina para que, según la frase de San Pablo, “se forme Cristo en nosotros” (Gal., 4, 19).

Si, pues, en la vida sobrenatural cristiana, todos somos siempre como niños y adolescentes, todos en edad de formación espiritual, es cosa clara que durante toda nuestra peregrinación terrena necesitamos de la ayuda maternal de la Virgen María; a la que, por consiguiente, todos y en toda edad hemos de invocar y la hemos de imitar.

Pero, ¡ay!, son muchos los que ahora piensan que se pueden desentender de la devoción a la Virgen María, porque se creen adultos y en la madurez de la

vida cristiana; se figuran estar ya del todo formados; y viven tan seguros de sí mismos, que no les hace falta recurrir a la Madre. Está ausente de ellos la auténtica infancia espiritual.

¿Seguirán así, tan desalentadamente, los que no recurren a la que es Madre de todos, y por toda nuestra vida en la tierra, porque piensan que no necesitan de Ella? Quizás no; quizás vengan, por la misericordia de Dios y la intervención de la que es “vida, dulzura y esperanza nuestra”, tiempos mejores.

La reciente “Exhortación Apostólica” del Papa Pablo VI sobre el culto y devoción que todos debemos tener a María, ha sido una nueva luz que ha descendido del Cielo a la tierra; ha sido una voz divina, que ha de resonar en lo íntimo del corazón de todos los fieles de Cristo, hijos de la Virgen María. Pues bien: “Si hoy escucháis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones” (Ps. 94, 7-8).

La infancia, en la vida humana, es su primavera. Y la infancia espiritual, según el Evangelio, podemos esperar que va a ser aquélla “primavera de la Iglesia”, anunciada por Pío XII; el nuevo “Pentecostés de amor”, profetizado por Juan XXIII; una primavera cristiana que nos traiga la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres; la que siendo Hija predilecta del Padre, y Madre del Divino Hijo hecho Hombre, es Esposa del Espíritu Santo; una primavera cristiana que anuncie una madurez de vida sobrenatural, y una cosecha de frutos abundantes e insospechados de vivir los cristianos el Evangelio, y de extenderse el Reino de Cristo por toda la tierra.

Y, en verdad, de todo lo que hemos expresado se deduce claramente que así como la ausencia o falta de la verdadera infancia espiritual en muchísimos cristianos es origen de los más graves males de nuestra época; así, por el contrario, la presencia o práctica de la santa infancia del espíritu, conforme al Evangelio, será un gran remedio de tantos errores doctrinales y desviaciones morales como ahora nos aquejan y nos constriñen.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION NOVIEMBRE

GENERAL: «Que la unión de los viadores con los hermanos, que murieron en la paz de Cristo, se robustezca con la comunicación de bienes espirituales.»

MISIONAL: «Que los laicos lleguen a participar más y más en la tarea misionera de anunciar el Evangelio.»

LAS REVELACIONES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS A SANTA MARGARITA

(RESUMEN DE LAS PRINCIPALES)

RAMÓN GELPI SABATER

Basta hojear la propia autobiografía de esta humildísima Sierva de Dios, para darse cuenta de que para esta alma pura no hubo apenas momento en el que el Divino Salvador no se le manifestara en alguna forma, ya sea dándole a conocer su voluntad directamente, ya haciéndole gustar de su amor, especialmente por medio de la Cruz a través de los prolongados y agudos sufrimientos que la Santa hubo de soportar.

“He ahí el lecho de mis castas esposas —le dijo mostrándole una gran Cruz cubierta de flores— donde te haré gustar de las delicias de mi amor! poco a poco irán cayendo esas flores y sólo te quedarán las espinas, ocultas ahora a causa de tu flaqueza, las cuales te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrán necesidad de toda la fuerza de mi amor para soportar el sufrimiento”. Y así fue a lo largo de toda su vida. Siempre deseado por la Santa, el sufrimiento, la contradicción, la Cruz, fueron su vida entera y la fuente de su consolación espiritual. “¡Y qué Dios mío, me dejaréis vivir siempre sin sufrir?”, le decía en cierta ocasión Santa Margarita al Divino Maestro anonadada por las delicias del Amor divino. “Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a placer, como lo hacen los niños con sus muñecos —le dijo Jesús en sus primeras manifestaciones—. Es menester que te abandones así, sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar ni contento a tus expensas; pero nada perderás en ello. Está siempre pronta y dispuesta a recibirme, porque quiero en adelante hacer en ti mi morada, para conversar y entretenerme contigo”.

Siempre estuvo pronta y dispuesta la Sierva de Dios, pero grande fue la contradicción. Su superiora no admitía los caminos extraordinarios de que servía el Señor para comunicarse con su alma. Quejábase la Santa diciendo:

“Y bien mi Soberano Maestro, ¿por qué no me dejáis en el camino ordinario de las hijas de Santa María... No quiero sino vuestro amor y vuestra Cruz, y esto me basta para ser una buena religiosa”. Acepta el Señor el desafío que la superiora ha provocado:

“Combatamos, hija mía, lo admito gustoso, y veremos quién conseguirá la victoria, si el Creador o la criatura, la fuerza o la debilidad, la Omnipotencia o la impotencia; pero el que sea vencedor, lo será para siempre”. Y le insiste:

“Sabe que no me has ofendido con estas luchas y oposiciones que me has hecho por obediencia, por la cual di mi vida; pero quiero enseñarte que soy el dueño absoluto de mis dones y de mis criaturas, y que nada podrá impedirme cumplir mis designios. Por lo cual no sólo quiero que hagas cuanto te mandan tus superiores, sino más aún, que nada hagas de cuanto yo te ordenare sin su consentimiento, porque amo la obediencia y sin ella no se me puede agradar”.

Y el Señor vence de una vez para siempre y prepara y cultiva aquella alma humildísima para manifestarle sus revelaciones, con las que ha de dar una prueba más de su amor a los hombres, una de las más grandes y esperanzadoras que jamás haya dado: la devoción a su Sagrado Corazón.

La primera de estas revelaciones se presentó estando la Santa delante del Santísimo Sacramento. Se sintió de improviso penetrada de la presencia divina y le hizo reposar por largo tiempo en su pecho tal como hiciera con el Discípulo Amado en la Santa Cena, mostrándole la profundidad de su corazón:

“Mi Divino Corazón —le dijo— está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que te descubro, y los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía.”

A continuación le pide su corazón y lo introduce en el Suyo abrazándolo con un doloroso fuego que ya jamás se extinguió, produciéndole a la Santa un continuo dolor en un costado hasta el día de su muerte.

Poco después recibía la segunda revelación en la

que había de definirse más claramente la devoción concreta al Corazón, como tal órgano humano del Divino Salvador y por tanto sensible al amor, cuyas palpitations se aceleran en su fuego. Se le mostró el Maestro con sus cinco llagas y envuelto en llamas, especialmente en su pecho que parecía un horno, del cual salió para mostrársele Su amantísimo Corazón. Entonces le descubrió:

“El exceso a que le había conducido su amor a los hombres, de los cuales no recibía sino ingratitudes y desprecios”. “Esto —le dijo— es mucho más sensible que cuanto he sufrido en mi pasión: tanto, que si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien, sino frialdad y repulsas. Mas tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo”. “Yo seré —añadió— tu fuerza, nada temas, pero sé atenta a mi voz, y a cuanto te pido para disponerte al cumplimiento de mis designios. Primeramente me recibirás sacramentado siempre que te lo permita la obediencia, sean cuales fueren las humillaciones y las mortificaciones que vengan sobre ti, las cuales debes aceptar como gajes de mi amor. También comulgarás todos los primeros viernes de cada mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza que tuve a bien sentir en el Huerto de los Olivos. Esta tristeza te reducirá, sin poder comprenderlo, a una especie de agonía más dura de soportar que la muerte.

“A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre once y doce de la noche para postrarte conmigo, durante una hora, la faz en tierra, ya para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia por los pecadores, ya para dulcificar de algún modo la amargura que sentí en el abandono de mis apóstoles, la cual me obligó a echarles en cara que no habían podido velar una hora conmigo; y durante esta hora harás lo que te enseñare. Mas oye, hija mía, no creas ligeramente a todo espíritu, y no te fíes, porque satanás rabia por engañarte. He aquí por qué no has de hacer nada sin la probación de los que te guían, a fin de que, teniendo el permiso de la obediencia, no pueda seducirte; pues no tiene poder alguno sobre los obedientes.”

Y Satanás obtuvo permiso del Señor para probar a al Santa, exceptuando las tentaciones contra la pureza; el Divino Maestro se adelantó a prevenir a

su alma escogida a fin de que confiara en su Corazón amantísimo.

“No tardé mucho en oír las amenazas de mi perseguidor —cuenta Santa Margarita—. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible diciéndome: Yo me apoderaré de ti, ¡oh maldita!, y si consigo tenerte una vez en mis manos, te daré a conocer bien lo que sé obrar, yo te dañaré en todo.”

Nada pudo el príncipe de las tinieblas contra aquella virgen enamorada de su Señor, fiel a Su Corazón para siempre.

Y vino por fin la gran revelación, la que hubo de dar cuenta de universalidad a la nueva, apasionada y apasionante devoción que Jesús manifestaba por medio de su sierva. El Corazón de Jesús se muestra nuevamente en todo su esplendor a su amante esposa:

“He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres; que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento, de la mayor parte, sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible, es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que se dedique el primer viernes de mes, después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando este día y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Te prometo, además, que mi corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le den este honor y los que procuren le sea tributado.”

Y no solamente las almas consagradas a Dios deberán rendirse públicamente a su Corazón, también el poder público, las naciones. Al soberbio Luis XIV hizo dirigirse Jesús a su sierva:

“Haz saber al hijo mayor de mi Corazón, que mi Corazón adorable quiere reinar en su palacio, campar en sus estandartes y ser grabado en sus armas, a fin de que alcancen victoria sobre sus enemigos, para quedar victorioso de todos los enemigos de la Santa Iglesia.”

Le pide también que levante un templo en su honor y exponga un cuadro a la veneración de toda la corte. No hizo caso Luis XIV y tuvo que ser su desgraciado nieto Luis XVI, preso y condenado a muerte por la Revolución, quien realizara en la cárcel el mandato del Señor consagrándose él, su fami-

lia y toda Francia al Corazón de Jesús. Más tarde los católicos franceses cumplieran con la segunda parte del mandato, edificando la Basílica del Sagrado Corazón en Montmartre. También otras naciones, como España, se consagrarán públicamente al Divino Corazón, si bien mucho más tarde.

Finalmente, el Divino Salvador, deseoso de alcanzar a todas las almas con sus dones y en un exceso de su amor, quiere conceder a todos los que le frecuentan en la Eucaristía una Gran Promesa de perseverancia y salvación. Quiere dejar constancia de que en su amor a los hombres no tiene límites y que desea su salvación a toda costa, sólo a cambio la aceptación de su Corazón.

“Yo te prometo —le dice a Santa Margarita durante la Comunión de un viernes—, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopode-

roso concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; que no morirán en su desgracia ni sin recibir los Sacramentos, siendo su refugio seguro en estos últimos momentos.”

¿Qué más podía hacer ya el Divino Maestro por las almas a las que ama? Una de sus predilectas la de Santa Margarita se anonada en su amor. En sus últimos tiempos quedó reducida a completa impotencia espiritual, cuenta el P. Sáenz de Tejada, biógrafo de la Santa, apenas si puede rezar ni sus oraciones vocales de obligación, ni tener su lectura espiritual. Ni siquiera se puede afligir de este estado, no hace otra cosa que descansar en el amante Corazón de su Jesús. “El Corazón de Jesús —se dice— querrá por mí. Él amará por mí, Él suplirá todos mis defectos. No tengo más que un negocio: amar, olvidarme y anonadarme.”

¿ESPAÑA, ES DE VERDAD CATOLICA?

FR. ANTONIO DE LUGO, S. O. H.

Durante el quinquenio republicano, de triste recordación para los españoles, se pronunció en la Cámara legislativa, una frase con la que se afirmaba: “España ha dejado de ser calólica”. Sin duda, el entonces ministro del Ejército, don Manuel Azaña, en su discurso ante las Cortes Españolas, el día 13 de octubre de 1931 quiso decir, con la citada frase, que el Estado español, había dejado de ser “confesionalmente católico”, para dar lugar a un nuevo orden social fundado sobre el Estado laico. La reacción del pueblo, mayoritariamente católico, es bien conocida. A este propósito, bueno es recordar la postura de nuestro Episcopado, según consta en la Carta colectiva de los Obispos españoles, a sus hermanos, los Obispos del mundo entero, del 1 de julio de 1937, donde, entre otras cosas se dice:

“Conste antes que todo, ya que la guerra pudo preverse desde que atacó ruda e inconsideradamente al espíritu nacional, que el Episcopado español, ha dado, desde el año 1931, altísimos ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana. Ajustándose a la tradición de la Iglesia, y siguiendo las normas de la Santa Sede, se puso resueltamente al lado de los poderes constituidos, con quienes se esforzó en colaborar para el bien común. Y a pesar de los repetidos

agravios a personas, cosas y derechos de la Iglesia, no rompió su propósito de no alterar el régimen de concordia de tiempo atrás establecido. *Etiam dyscolis*; a los vejámenes respondimos siempre con el ejemplo de la sumisión leal en lo que podíamos; con la protesta grave, razonada y apostólica, cuando debíamos; con la exhortación sincera que hicimos reiteradamente a nuestro pueblo católico a la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz. Y el pueblo católico nos secundó, siendo nuestra intervención valioso factor de concordia nacional, en momentos de honda conmoción social y política.”

Hace ya muchos siglos, que, la inmensa mayoría del pueblo español, siente en católico. En repetidas ocasiones, hubo de defender su fe, contra poderes extraños. Su hidalguía, puesta al servicio de la causa de Dios, dio mártires a la Iglesia, cuyo número, es difícil contar. El pueblo hispano, luchó con todo el brío y la pasión de su temperamento celtibérico, por conservar sus costumbres y tradiciones, su modo de ser y de vivir, fundados en los principios estables y siempre válidos de la fe y de la moral, siguiendo el Magisterio de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Tenemos que admitir, que, la fe teológica, es un Don gratuito de Dios, y le fue concedido a España,

porque Él así lo ha querido. En las graves convulsiones de la vida ciudadana, los españoles, han reaccionado como hombres de fe, si no es, cuando manipulados desde fuera por poderes ocultos, se movieron de acuerdo con consignas recibidas, bien ajenas a su modo de ser; la historia lo ha demostrado bien a las claras. ¡Con razón, el Papa Pablo VI, en la Homilía pronunciada con motivo de la canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet Ibars, habló de España como "reserva de lo esencial y definitivo: la fe cristiana". No hace mucho, un Prelado extranjero, decía que: los españoles son fisiológicamente católicos. Es posible que examinada y profundizada la expresión dicha, sin duda, como broma, nos llevará a conclusiones más serias de lo que a simple vista parece.

España, no puede dejar de ser católica, si no es traicionándose a sí misma, perdiendo su propia identidad, porque España, si no es católica, no es España. Esto no quiere decir, ni que todos los españoles sean santos, ni que haya que canonizar todo lo español, ... ¡ni mucho menos! Sin embargo, hoy, tenemos que oír y leer cosas, dichas o escritas por españoles católicos, que no pueden menos de producir hondo pesar. Se fustiga seriamente la fe sencilla y popular y mucho más, sus manifestaciones externas. Se ataca injustamente, la concordia de relaciones entre la Iglesia y el Estado, y el mutuo apoyo, que, sin merma de las libertades que a cada una de las dos potestades competen, beneficia al bien común. Se presenta ante el mundo al clero español, como retrógrado, poco formado teológicamente, casi inhábil para influir eficazmente en la evangelización del mundo, y sus obispos, como señores aburguesados, desconectados del pueblo, y demasiado vinculados a los poderes civiles; se habla de España, como "país de misión". Es bueno que, el enemigo de Dios, de la Iglesia y de España, manifieste así, su indignación y su odio contra quien puede detener su avance. España, tiene todavía una misión que cumplir... Los frutos de su Cruzada, pese a quien pese, se han recogido, solamente, en parte; quizás nuestro gran pecado colectivo, en el momento actual, sea, el no haber aprovechado, el gran bien que supone, el hecho de la Cruzada; logrado el triunfo, y superados los momentos más difíciles, el recuerdo de nuestros mártires, fue cayendo en el olvido y más tarde, incluso en el desprecio. Nuestra juventud, con excepciones que la honran ignora, el gesto noble y valiente, con que otros jóvenes, en tiempos no muy lejanos, luchó con coraje, en defensa de la fe y de la patria, y alejó de España y aún de Europa, al gran enemigo, no sólo de la Iglesia, sino de todo el orden

social, porque, es contrario al mismo derecho natural: el comunismo internacional.

Se hiere sin compasión, los sentimientos religiosos del pueblo, a veces, por parte de quienes están llamados por misión divina, a orientarlo y sostenerlo; en vez de educar la fe, que recibieron en el Bautismo, se la hace objeto de burlas; en lugar de valorar el hecho, de que, en su inmensa mayoría, el pueblo español, conserva la fe católica, y siente todavía, especial veneración por su Jerarquía, cuyas orientaciones recibe sin prejuicios, se siembran doctrinas disolventes, incluso contrarias a las enseñanzas de la Iglesia, con el fin de raer de la cabeza y del corazón, aquellos principios religiosos y morales, que han recibido de sus mayores y que son patrimonio de todo el pueblo de Dios. Se quiere ver en la fe de los españoles, un no sé qué, de superstición, ajeno a la pura fe, que debe ser liberada de elementos extraños que la adulteran; lo que hacen, es arruinar la fe y con ella la vida espiritual.

¿No deben los pastores de la Iglesia considerar, como una no pequeña gracia el que sus ovejas están ansiosas de pasto de la verdadera doctrina?; aun admitiendo el hecho de que, a veces en expresiones de fe, ya públicas ya privadas, se mezclan elementos, que, sin llegar a corromperla, le restan vitalidad, y exigen una seria depuración; a lo que el pueblo resiste, gracias a Dios, es a la imposición, injusta y arbitraria, de criterios, o prácticas, a todas luces desviadas. Los luminosos documentos del magisterio pontificio, con que el Papa Pablo VI, confirma en la fe a la grey de Cristo, son respetuosamente recibidos y tan bien guardados, que, el pueblo fiel, apenas se entera de que existen, y en su lugar, se predica en homilías, se escribe en revistas, o se organizan cursillos, en donde, la doctrina que se expone, no siempre concuerda con el magisterio papal. ¿Se ponen al alcance del pueblo a quien van dirigidos, documentos como la Encíclica "eucaristías", por llamarlas de alguna manera, que "no tienen luz verde". ¿Se comenta, como la materia exige, la Encíclica "Humanæ vitæ"?, sí, ciertamente, para echarla por tierra. ¿Se expone la doctrina católica, con el sentido, con que el Papa, ha comentado las verdades contenidas en el Credo? en su lugar, se predicán homilías subversivas, desorientadoras, y aún, claramente erróneas. ¿Se fomenta la devoción a María Santísima, a la luz del último documento del Magisterio pontificio, "Marianalis cultis", en perfecta coherencia con la doctrina tradicional de la Iglesia? En su lugar, se disminuyen las prácticas de devoción marianas, comenzando por

sembrar desestima, por el rezo del Santo Rosario, como algo desfasado, cuando el Papa, lo recomienda, en repetidas ocasiones, y sobre todo en el documento citado. ¿Ha llegado a conocimiento del pueblo fiel, el documento sobre el Sacramento de la Penitencia? Han oído algo sí, como que se van a suprimir los confesionarios, que la confesión no es obligatoria, que no debe ser auricular, sino comunitaria, y más desvarios. Otros documentos, procedentes de la Santa Sede, sobre, la Santísima Trinidad; la Divinidad de Jesucristo; el Misterio de la Iglesia, ¿se exponen al pueblo en catequesis, homilias, comentarios en revistas etc.? Algo sí se hace, por aquel sector de la Iglesia, más numeroso, pero menos ruidoso y con la oposición bien orquestada de la minoría progresista.

¿Se dan cuenta los pastores del pueblo de Dios, del destrozo que el enemigo, está haciendo en las almas que les han sido confiadas, y que urge poner remedio, antes de que sea tarde? ¿No están viendo cómo se vacían sus Seminarios; las casas religiosas deshechas muchas de ellas, por la desunión y, la discordia; los noviciados, casi vacíos, y las defecciones en masa, Por este camino, sí ciertamente llegaremos a convertir a España en "tierra de misión"; si es eso lo que se pretende, desde luego los medios son adecuados; se advierte una gran prisa por lograr objetivos; no se sabe a quién, pero lo cierto es que, a alguien le urge quemar etapas, en la labor de mentalización. ¿Quién siembra la cizaña entre el trigo? "Inimicus homo", dice el Sagrado texto. La fe como don gratuito se puede perder; no debemos exponernos a un mal tan grande. Si la fe del pueblo necesita cultivo, se abre un magnífico campo, a la laboriosidad de los obreros llamados por el Señor, para labrar su viña. Hoy todavía, nuestra querida España, no es "tierra de misión", pero puede llegar a serlo, si los pastores se descuidan. Ciertamente que el Espíritu Santo actúa de modo admirable en el alma de los fieles; parece que infunde en ellos una especie de sentido de lo sobrenatural, para discernir, sin poseer cultura teológica, lo cierto de lo falso y de ahí procede su resistencia a la autodemolición. Hemos de dar por ello gracias al Cielo, pero no por eso dejar al enemigo, el campo libre.

La descatalogización de España, a corto plazo es consigna de los enemigos de la Iglesia, que saben bien, que España, con sus reservas espirituales, puede todavía ser, un firme apoyo en defensa de la doctrina católica, y ejercer saludable influencia más allá de sus fronteras; por eso conviene anularla. No, España, no es todavía "tierra de misión"... Se quiere dar esa im-

presión ante el mundo, incluso ante Roma, por eso se ha provocado una crisis eclesial por medios poco limpios, como encuestas cuyos resultados estaban previstos. No hace mucho, un periódico francés decía que: "la renovación conciliar no había penetrado todavía en España... allí no ha disminuido gran cosa el número de vocaciones sacerdotales y religiosas", (Descomposición del catolicismo, de Louis Bouyer). Es decir que la prueba de vitalidad sobrenatural, sobre el fundamento de una fe auténtica y genuina, como son las vocaciones, el autor del artículo, lo considera como demora en el avance hacia metas más conciliares. No hace falta ser un lince, para adivinar un trasfondo nada claro, mejor dicho, demasiado claro. Tenía que producirse la crisis, para estar a nivel europeo y conciliar; de entonces arranca el vaciamiento de Seminarios, casas religiosas etc. Los nuevos profetas, que quieren llevar a la Iglesia a su talante, encuentran un estorbo en la fe tradicional con su patrimonio de Verdades reveladas por Dios, de las cuales, es Única Depositaria, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Se habla con demasiado énfasis de "una fe, sin creencias" etc. La fe considerada en su doble aspecto objetivo, y subjetivo, hemos de afirmar una vez más, es un gran don del Cielo.

No soy el único que piensa en el quehacer de España en el mundo. Nuestra influencia jamás será económica, ni siquiera política. La misión de España, es de orden espiritual, incluso cultural, que no es lo mismo que técnico-científica, y no acabó con la independencia de los pueblos a quienes, transmitió su fe, su cultura, su lengua etc., y como siempre, en su acción misionera, remando contra corriente; haciendo frente a la nueva leyenda negra, en la que tienen parte, por desgracia, algunos españoles; no obstante, España, si Dios quiere cumplirá esa misión, si acierta a mantenerse fiel a sí misma, y no vende su patrimonio espiritual por un plato de lentejas. España no puede perder su identidad, y la perdería, si por nuestros pecados, el Señor permitiera la descristianización de nuestro pueblo. Viene muy a cuento, el siguiente párrafo, de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Vaticano II: "Pero no olviden los hijos de la Iglesia, que su excelente condición, no deben atribuirla a los méritos propios, sino a una gracia singular de Cristo, a la que, si no responden con pensamiento, palabra y obra lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad", (Lumen gentium, cap. 2-14).

Era de esperar que, después de tanta sangre vertida en la Cruzada, unida al testimonio martirial de

miles de hermanos nuestros, la fe de nuestro querido pueblo, saldría más aquilatada de la prueba, y la Iglesia española, hubiera dado un gran impulso a su indiscutible vitalidad sobrenatural; sin embargo, en lugar de sembrar, ya que el campo estaba bien abonado, hemos dejado paso al enemigo, que sembró el error, el desconcierto, la desorientación, con el único propósito de despojar al pueblo español de su gran tesoro: su recia fe, que a pesar de sus pecados, conserva vigorosa, aunque no siempre sus obras responden a esa fe. A este respecto conviene recordar las palabras del Apóstol Santiago: "Así también la fe sin obras, muerta está por sí misma... muéstrame esa tu fe desprovista de obras, y yo te mostraré, por mis obras, la fe". España dio pruebas de una fe, no sólo recia, sino muy viva; si la mayor prueba de amor, "es dar la vida por quien se ama", según enseñanza del Divino Maestro, españoles por miles de millares, en días aún cercanos sellaron con sange, el testimonio de su fe, demostrando una vez más, que la fe católica en España, tiene hondas raíces; no podemos concebir una España no católica; cuando quiso hacer la prueba, se convirtió en una auténtica caricatura: la anti-España. Algunos creen que la fe del pueblo, por estar mixtificada, adulterada, inmadura, es el mayor enemigo, para conseguir una fe purificada, liberada, adulta: consideran un estorbo la confesionalidad católica del Estado, y tratan por todos los medios acabar con la fe tradicional y popular; lo correcto es cultivar, lo que otros han sembrado, a fin de que Dios, de el crecimiento, ya que, es el Único que puede hacerlo. ¿Han pensado quienes así actúan, el gravísimo mal que hacen a las almas redimidas con la Sangre de Cristo?... ¿Han meditado sobre su tremenda responsabilidad ante el Señor y ante la Iglesia?...

Más dañina que la contaminación atmosférica es la contaminación doctrinal que se respira. Entre tantos errores ya condenados, y que ahora pretenden levantar cabeza, disimulados con brillantes ropajes, ¿no estará también rebrotando aquella secta de los "iluminados", que tanto dio que sufrir a la Iglesia Santa? Quienes se erigen en profetas de la nueva

Iglesia, y tratan al margen de la Jerarquía, de transformar sus mismos fundamentos divinos como Cuerpo Místico de Cristo, y Sociedad visible, organizada jerárquicamente, ¿cómo acreditan ser auténticos enviados de Dios, cuando el mismo Señor declaró: "quien no está Conmigo, está contra Mí"? ellos en cambio se apartan de la doctrina y de la disciplina de aquellos de quienes dice la Escritura: "...posuit Episcopos regere Ecclesiam Dei". El pueblo de Dios, en España, padece, y con razón, el mal del escándalo, al ver maltratadas sus prácticas piadosas; arrumbadas las imágenes; al oír muy repetidas veces, prédicas que nada tienen de evangélicas. Sufren los padres al comprobar que, sus hijos no reciben la formación que ellos desean, y que, en ocasiones hay serios fallos de doctrina en la enseñanza religiosa. Y lo que es peor, cuando sacerdotes ejemplares, lo mismo que religiosos y religiosas, quieren proceder de acuerdo con las enseñanzas y normas de la Iglesia, son motejados con una serie de adjetivos que ya molesta incluso el escribirlos. El enemigo tiene prisa por destruir la fe de España. Hemos de luchar con todos los medios honestos a nuestro alcance por impedirlo, pero sobre todo empleemos los medios sobrenaturales, únicos capaces de echar por tierra los planes de destrucción mejor urdidos. Oremos, mucho...; con oración llena de fe, de confianza, de caridad...; con oración fervorosa, profunda, silenciosa...; con oración humilde, paciente, sencilla, y con la oración, el testimonio de una vida austera...; amor a la Cruz, ya que Cristo en la Cruz, es la "Fuerza y Sabiduría de Dios"; en la Cruz reconcilió el Cielo con la tierra, al hombre con Dios. Hemos de ser, sobre todo los sacerdotes y religiosos, almas cristificadas, es decir, crucificadas, inmoladas, y como Él, también nosotros, "pro eis"... Para quienes sueñan con la "nueva iglesia", ciertamente España, les tiene que resultar "tierra de misión", porque gracias al Señor, todavía hay en España, grandes reservas morales, que son una esperanza; a pesar de nuestros pecados, los españoles, en su mayoría "no han perdido la fe que recibieron de la Iglesia".

EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA...

(Viene de la pág. 287)

Bajo tan tristes auspicios, garantía de su futura esterilidad nació esta torre de Babel, esta Sociedad de las Naciones. Juguete de Inglaterra, en realidad, había de ser, en lo sucesivo, mejor factor de confusión y de discordia que otra cosa, excepción hecha

LUIS CREUS VIDAL

de algunas actividades culturales, económicas, estadísticas, y, mirándola con esforzada benevolencia quizá sociales, que, gracias a alguno de sus escasos beneméritos miembros, cupo fomentar.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XLVII

1919. - LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

LUIS CREUS VIDAL

Un estatuto para el mundo

Como hemos visto, dentro de la necia fatuidad que caracteriza la salida de la tremenda guerra del 14-18 con la entronización de todas las subversiones, y también, de todas las utopías que acompañan a una Humanidad que quiere ahora ya apartarse y prescindir de Dios, figura nada menos que la pretensión de darse uno como Estatuto universal.

Viene inmediatamente a la memoria aquella vana pretensión que tuvo un día, la Humanidad salida del Diluvio. "...y dijeron: Vamos a edificar una ciudad, y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo: y hagamos célebre nuestro nombre antes de esparcirnos por toda la faz de la tierra" (Gen. 11-4). Sí. Lo que ya caracteriza a la Humanidad surgida en 1919, dos años después del fatal 1917, es esto: la fatua ambición de prescindir de Dios, el orgullo de establecer sin Él, un estatuto para el mundo entero, mientras en una cuarta parte de su misma superficie, también, por primera vez, triunfa la revolución íntegra, la oficialmente satánica, la rusa, sucesora auténtica de la que arrojó, como feto —más feto diabólicamente fecundado— entre 1789 y 1793 la francesa. Lenin y sus maximalistas no fueron otra cosa que los sucesores, esta vez afortunados, de los jacobinos de Danton, de Marat y de Robespierre. Éstos no pudieron llegar a sostener mundialmente el trono vacilante de su diosa Razón; los Clemenceau, los Lloyd George, los Wilson de 1919 iban a conseguirlo. Por esto repetimos que esta tremenda época, a justo título, marca el mayor "tournant" de la Historia en toda nuestra Era.

Mas Dios también esta vez, como siempre, dispondría. Y una trágica historia (la que iba a repetir una segunda guerra mundial más terrible que la primera) sería el fruto de la vesania del hombre. En esta Babel de Ginebra. "Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: "He aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen el mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas hasta llevarlas a cabo. Ea, pues, descendamos y confundamos su lengua, de modo que el uno no entienda el habla del otro" Gén., 11, 5-7).

Y toda la historia humana de lo que justamente se ha llamado el período de entre-dos-guerras", presidida por este vano fantasma babélico de la Sociedad de las Naciones, no fue sino la muestra más grande de todo equívoco, de toda dispersión, y, en fin, de todo odio.

¡Y qué estatuto!

Ya hemos visto que la llamada paz había llegado de súbito, tras cuatro largos años de guerra mundial: hemos estudiado el armisticio, luego la llamada Conferencia de la Paz, luego Versalles y sus tratados. Ahora llegamos al establecimiento de lo que, en la utópica mentalidad wilsoniana, debía reposar el orbe entero, al que se le ofrecía un vano estatuto de paz, concordia y prosperidad, de justicia y de orden, establecido, ¡ay!, tan sólo sobre los más resobados tópicos del humanismo y del laicismo, esta vez oficialmente consagrados en la universal panacea de la Sociedad de las Naciones.

Intentemos estudiar este laberinto, amasijo de ideas, de fantasías, y de utopías, que, en medio de un *pandemonium* de agitación y de contradicciones, intentó instaurarse en la ciudad del Lemán, precisamente en la que no en vano fuera llamada en otras épocas, "la Roma del protestantismo", y que desde 1919 ha venido mereciendo el nombre de la Roma del naturalismo.

El propio Clemenceau, en un momento de sinceridad, debía confesar: "Hemos ganado la guerra; ahora habrá que ganar la paz, ¡que será hartamente difícil!". Ya para empezar: ¿cómo, sin un ideal cristiano y superior, poner de acuerdo a los veintisiete países que había sido menester aliar para lograr vender a Alemania?

La ideología wilsoniana venía, como un mago de feria, a coronar el viejo liberalismo del siglo XIX. Sus famosos "14 puntos" conmovían la tierra entera. Por lo mismo, dichos "14 puntos" parecía que —era lo menos que podían exigir los vencidos— debían aplicarse imparcialmente, desde el momento en que habían sido acogidos tan universalmente que hasta habían sido creídos en la propia Alemania. Mas ¡ay!

En tanto los puntos de Wilson se presentaban como unos principios de justicia abstracta, habían sido aclamados; así que llegaba el momento de aplicarlos, cada uno de los vencedores no quería oír hablar de ellos, echando por la calle de en medio, usando de su fuerza para arrebatarse lo que estaba a su alcance, en tanto que los vencidos, a justo título, podían y debían declararse traicionados y burlados, y sometidos, no ya a una paz de equidad, sino a otra de violencia.

En la moderna Babel surgieron batallones de expertos, formulando en nombre de la historia, de la geografía, de la etnografía toda clase de objeciones, la mayor parte vanas, y, las justas, no escuchadas. En todas partes se ven chocar estadísticas y técnicos; imposible resolver ningún problema; no pocos de ellos hubieron de ser resueltos como el nudo gordiano: cortados, sin deshacer. Y muchos de ellos olvidaron que, precisamente durante la guerra, no se había hecho otra cosa que hablar del Derecho y su triunfo. En tanto que ahora se limitaban a imponer a Alemania la voluntad de los vencedores, olvidando que la destrucción de aquella no había sido jamás aprobada por la opinión que había contribuido tanto a la victoria de los aliados.

Hemos dicho que habían debido juntarse hasta cerca de 30 países para vencer a Alemania. De éstos, solamente cinco contaban, EE. UU. Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón (y aun Italia en forma tan desairada, el Japón sin interesarse por otras cosas que las de su vecindad). En la nueva Sociedad de las Naciones sucedía lo mismo: la multitud de pequeños países, provenientes de la coalición aliada —salvo algunos, afortunados—, no contaban ante los grandes. De otra parte, también hemos visto la divergencia, en el reparto del botín alemán —en el fondo más pobre de lo que se creía—, entre las ambiciones inglesas y las francesas. Babel. Y, encima de ella, Wilson.

Antinomias en el fondo. Sociedad de las Naciones y triunfo de las nacionalidades

Proclamada la casi identidad de ambas cosas, nadie se daba cuenta de la auténtica contradicción que incubaban. Por un lado, mientras lo segundo multiplicaba los nuevos estados (¡y esto en un mundo que proclamaba la unión!), la primera debía asociarlas en una política de paz. ¡Horror a la guerra! Del fondo de la conciencia de los pueblos, se decía, nace el anhelo de un poder universal que sea árbitro sobre

las discordias. La Sociedad de las Naciones venía a dar una forma orgánica y jurídica a este deseo.

¡Mas ay! Para algunos —y quizá los principales— de los vencedores de la pasada guerra, la Sociedad de las Naciones no era sino la máscara de otro propósito: un pacto mutuo de garantía contra Alemania, y la de conservar todas las adquisiciones derivadas de la “paz” de Versalles. En cierta forma, la Sociedad de las Naciones para dichos vencedores era, a su manera, lo que también había sido la llamada “Santa Alianza” de los tres emperadores del Norte en 1815: un pacto de asistencia. Entonces contra la Francia heredera de Napoleón. Ahora contra la Alemania heredera de Guellrmo II. Según la vieja fórmula de Clausewitz, “el vencedor es siempre pacifista”, y los aliados no concebían a la Sociedad de las Naciones, más que como un grupo de potencias aliadas y asociadas.

A fin de escapar de la acusación de constituir un consorcio de naciones egoístas, ligadas para conservar las ganancias de 1919, el “Pacto” de Ginebra estipulaba un teórico desarme general, que, comenzando por Alemania, debía extenderse a todos.

Es cierto que en su artículo 19, parecía abrir una puerta a posibles reivindicaciones, considerando la posibilidad de la revisión de tratados evolucionando hacia la caducidad (¡mas ya se vio en 1935, en 1936 y 1938 cuánto ocurrió relativamente al ranqueante “Covenant”!). Intentando un compromiso entre dos concepciones (el nuevo internacionalismo teórico, y el siempre renovado nacionalismo chovinista), estipulaba que las decisiones esenciales habían de ser tomadas por unanimidad entre los miembros de la Sociedad, y protegidas por el derecho de “veto” contra los actos que pudieran amenazar sus fronteras y su vida, en tanto que preveía (?) una era de organización internacional dentro de la cual cada Estado debía admitir ciertas limitaciones al uso legal de su propia soberanía. En la aplicación de los principios esenciales, su valor práctico debía depender del estado político y moral del mundo. No obstante esto, los manejos británicos, que seguirán siendo siempre los dominantes en Ginebra, no intentarán otra cosa que mantener a ultranza el viejo “concierto europeo”, al no poder efectuar lo mismo en otros continentes. ¡Pero las contradicciones formaban la misma esencia de los articulados de la Sociedad universal!

Naturalmente, como padre de la criatura, Wilson la impuso al mundo: su gran mecanismo destinado a asegurar la paz, debía instaurar un orden nuevo conforme a la justicia internacional. Quería hacer una

realidad de la ley internacional, apoyada en sanciones si falta hacía. Pero en realidad, y desde el primer momento, ya fue cediendo en la práctica, a condición de que se siguiese, en teoría, proclamando sus principios, cada vez más inoperantes. Wilson, de vieja raigambre puritana, soñador, era, sobre todo, estricto en el terreno de los principios; pero luego cedía en todo a los manejos de su *ad-latere*, el coronel House, eminencia gris cómplice de Clemenceau. Para los hombres de Estado franceses e ingleses, muy pronto, la Sociedad de las Naciones no fue ya otra cosa que una ceremonia en honor a Wilson y a la infantil América, a la que tanta cortesía se debía, por haberles sacado las castañas del fuego.

Tanta prisa en constituir la Sociedad de las Naciones, coincidiendo casi con la Conferencia de la Paz, mereció de más de un mordaz crítico la frase de que antes se colocaba "la carreta que los bueyes". Y así vino ya, desde el primer momento, esta trágica confusión entre la Conferencia de la Paz ("Diktat" de los aliados vencedores) con la Sociedad que pretendía nada menos que la concordia universal. Un detalle cruel de la misma fue que, ya dentro de la Sociedad de las Naciones, se estableció el sistema de los "Mandatos", que venían a dar estatuto legal a la toma de posesión, de parte de Francia, y, sobre todo, de Inglaterra, sobre las viejas colonias alemanas. En plena casi aun *non-nata* Sociedad de las Naciones, se acusó a Alemania de haber dado, antes de 1914, mal trato a los indígenas, por lo que su "liberación" —que no era otra cosa que someterlos a la nueva opresión del colonialismo franco-inglés— estaba más que justificada. Y no se habló ya más de una internacionalización —como, a lo menos, se había hablado antes— de dichas viejas colonias. ¡Y así, con estos "mandatos", comenzó la labor concreta y práctica del "Covenant" del bueno de Wilson! Y nuevas claudicaciones de éste, con su debilidad al conceder al Japón nuevas presas en China —bajo distintas fórmulas jurídicas— fueron el inicio de su rápida baja de popularidad en América, que iba a conducirle a su conocida y dramática caída.

La secesión americana y la recién nacida Sociedad de Naciones

Y los polvo llevaron los lodos, muy antes, incluso, de la cuenta. Pronto los mismos padres de la criatura —los americanos— debían repudiarla los primeros.

La Sociedad de las Naciones estaba recién crea-

da: y, por una cruel ironía de la suerte, sus "creadores" casi inmediatamente ya no formaron parte de la misma.

Los tratados de Viena de 1815, duraron cuarenta años. Apenas seca su tinta, los de Versalles de 1919 ya eran atacados furiosamente por todas partes. Los Estados Unidos, como ya hemos remarcado, se iban dando cuenta —y ahora rápidamente— de que habían sido arrastrados a una guerra mundial en la que no les iba nada, y que su intervención sólo había servido para salvar y aumentar los imperialismos inglés y francés. Y en seguida, pese a los esfuerzos de su presidente Wilson, rehusaron garantizar el Tratado, y, como consecuencia, la propia Sociedad de las Naciones, su fruto y consecuencia.

Personalmente Wilson era, como hemos visto, por su fatuidad, por sus errores, el gran responsable. Únase a esto su política interior escasamente sagaz; jamás había constituido, en las grandes circunstancias antes vividas, un gobierno de unión nacional. Ya antes del armisticio, la oposición republicana (Wilson, como es sabido, era demócrata), había obtenido la mayoría en el Congreso.

El Presidente había querido llevarlo todo —con su inconmensurable vanidad— personalmente en París. Desdeñó la oposición, incluso al propio Senado. Todo esto —contra lo que se creía en París— iba promoviendo una ola de reacción contra él. Todo el viejo americanismo protestaba. Y no pudo conseguir del referido Senado la ratificación del Tratado, sin poderse, siquiera, llegar a su compromiso que proponía nuevas fórmulas de constitución para la Sociedad de las Naciones. La Unión americana estaba ya harta de servir gratuitamente los intereses franco-británicos, y de llevar al sacrificio a sus "boys" sin ventaja alguna: renacía el antiguo y sólido instinto aislacionista.

Atacado de hemiplejía desde septiembre de 1919, ya hubo de retirarse. En noviembre de 1920, los republicanos de Harding vencían. Según la opinión general, y bien acertadamente, Wilson había sido explotado y burlado por Clemenceau y Lloyd George. Ya el pueblo americano se arrepentía de haber creído, tan infantilmente, y haber participado en "una guerra a favor del derecho"; atribuía, naturalmente, la intervención de los Estados Unidos y sacrificio de su juventud a la propaagnda aliada y a la presión de los financieros, "asociados" naturales de Francia y de Inglaterra. Y *era aún mucho más contra la guerra*, fautora de tantos dolores, que contra los Tratados, que se manifestaba la reacción.

POEMET THOMASSIA *

* En la inauguració del monument a Santa Catalina Thomàs, en el poble de Santa Margalida (Mallorca), el primer diumenge de setembre de 1974, amb motiu de celebrar la Balear Major el quart Centenar (1574-1974) de la mort de la seva gloriosa verge, canonitzada per l'immortal Pius XI.

*Valga per pòrtic d'honor
una glosa mallorquina:*

No hi ha rosa alexandrina,
ni clavell amb tanta olor,
ni mel amb tanta dolçor,
com el teu nom, Catalina.

*Sor Thomassa gloriosa!
De vostra mort preciosa
s'escau el quart Centenar,
i el volem commemorar
marcant fita jubilosa.*

*Vostra festa de cada any
desplega's sempre llüida
a dins Santa Margalida;
però enguany, amb nou afany,
brillarà molt més polida.*

*D'acord amb la nostra gent,
al si de l'Ajuntament
va brotar la idea nova
d'alçar-vos un monument,
d'amor sincer clara prova.*

*L'autora estigué inspirada:
D'una penya esclata el broll
d'aigua verge, regalada...
De Déu et parla el soroll,
Catalina extasiada!*

*De contemplar-lo talment
treballat amb bell esment,
en sa discreta ufania...,
de contemplar-lo talment
ens entra un ram d'alegria.*

*Fins alegre el fontinyol:
son líquid cretall s'esberla,
i, al contacte del bon sol,
del bla fluir jurimetxol
salta sovint qualque perla.*

*No hi manacrà dels aucells
so d'aeris cascavells
donant-li exquisida flaire.
fent acrobàcies a l'aire;
i el peu plantes i ramells*

*Mirades de cortesia
li portarà cada jorn;
tendrà jocs de minyonia
bellugant-se al seu entorn;
i oreig pur de pagesia.*

*Rebrà amoretes d'aurora
i últims brills de sol morent;
li daran bes benvolent
la lluna somniadora
i estels vius, del firmament.*

*Quina bella perspectiva
té la Plaça ara, festiva
d'ostentar el signe gallard
del Monument, obra d'art,
bronze etern en pedra viva!*

*Quina bella perspectiva
té la Plaça ara, festiva
pel veí signe gallard
del Monument, obra d'art,
bronze etern en pedra viva!*

*I l'església, el fossar, el pont,
el camp de l'espigolada,
Cartoixa, el molí, la font,
i aquella pena acorada
per la gerreta trencada.*

*Son Gallard i Miramar;
i aquell sofrir i treballar,
que era el pa de cada dia;
i el consol que us conferia
Castanyeda, l'ermità.*

*I aquell vagar rutinari
—falda humil d'escandalari
i gripó—, entre vents i freds,
tras cabretes i anyellets,
passant denes de rosari.*

*I aquella constant victòria
sobre el dimoni inclement;
i aquell apareixement;
dels estandans de la Glòria;
de tot ens fareu memòria.*

*I, com és clar i natural,
del nostre viure plural
la unió serà segura
dins la corrent mundanal.*

*Per aixà festa d'estiu
en la què hem posat més briu
perquè sortís ben complida,
Sor Thomassa beneïda,
nostra vila protegiu,
la de Santa Margalida.*

Bartomeu GUASP, pr.